



LAS CHICAS BUENAS

LOS PREFIEREN

MALVADOS

BAD BOYS 2

PAOLA NOGUERA FRANCO

Las chicas buenas
Los prefieren
Malvados

PAOLA NOGUERA FRANCO

ROMANCE JUVENIL

Bad Boys 2

La historia de Clarisse

Autora: *Paola Noguera Franco*

Edición y Corrección: *Rogue*

Portada: *Rogue*

Contacto Twitter: *paolanoguera3*

Facebook: *Las novelas de Paola Noguera Franco*

Copyright © 2017 Paola Noguera Franco

Todos los derechos reservados a nombre de la autora de la obra

Todos los nombres y situaciones utilizadas o nombradas dentro de la obra son meramente ficticias y con sencillo efecto de entretenimiento.

GRACIAS POR HABER DESCARGADO ESTE EBOOK

A todas las lectoras

ÍNDICE

Las chicas Buenas Los prefieren Malvados

[Acto 1](#)

[Acto 2](#)

[Acto 3](#)

[Acto 4](#)

PRÓLOGO

Clarisse Durán, unas de las amigas de la protagonista de Los chicos malos las prefieren *morenas*, la poderosa socialité adolescente Diana Rodríguez; termina huyendo de Buenos Aires, autoexiliándose en Asunción del Paraguay, una vez que es señalada por la propia Diana, como una traidora por haber callado la infidelidad de Fabrizio Francois, el otrora novio de Diana. Aunque el motivo era fuerte, la razón más poderosa por la cual Clarisse Durán huyó fue otro.

Robert, el estúpido universitario que la había enamorado, aprovechándose de su inocencia y su ingenuidad y que luego se hubo burlado públicamente de ella. En Paraguay, planeaba rehacer su vida, resetear los malos recuerdos y crearse un nuevo destino, lejos de la malvada cremé de chicos adinerados donde estuvo metida. Aquí se reencuentra con alguien, que no se esperaba o quien al menos, no contaba volver a ver. Max Ibarra. Su vecino, su sensual y malvado vecino. El muchacho de la sonrisa sardónica y que no presagiaba nada bueno. De nuevo, Clarisse Durán estaba en problemas.

Acto 1

Clarisse Durán sabía que lo único que podía pasar luego de haber traicionado la confianza de Diana Rodríguez, la princesa de la cremé porteña, eran dos cosas y estaban a su elección: someterse al escarnio y escrache público. Quedar como poco menos que una leprosa porque Diana ya la había señalado como una traidora total a los ideales de amistad, quedar relegada por mucho tiempo de las fiestas y los círculos. Todo aquello que la sociedad de dónde provenía creía tan importante. El relego social era el peor castigo que podría sufrir una *socialité*.

El otro camino era el autoexilio, ir a un sitio donde las aguas estuvieran calmadas, preferentemente otro país, así como había hecho Diana cuando huyó a Europa al verse avergonzada por Fabrizio, aunque ya ahora todo el mundo sabía que andaba felizmente enamorada paseándose del brazo de Alex Francois por las calles de Londres. Pero esa es otra historia.

Como decía, la otra opción que tenía Clarisse era huir. Y su dinero, contactos, y perspectivas le abrían un abanico de posibilidades, y nada mejor que irse a un sitio donde tuviera al menos un vínculo de sangre y que conociera. Decidió venirse a Paraguay, en concreto a su Capital, Asunción, donde su abuela materna seguía viviendo en el exclusivo Barrio Carmelitas de esa ciudad. El sitio perfecto para empezar de nuevo.

No solo por lo sucedido con Diana sino para escapar de la vergüenza que le daba lo ocurrido con ese patán de Robert, que ahora se había quedado jugando con Mara, su otra “ex “amiga también.

Aunque podía disculpársele a Clarisse que ella no había sido una autentica culpable de traición contra Diana Rodríguez, sino que podía culpársele a su carácter, que nunca había sido especialmente vivaz y por eso es que mucha gente la había considerado algo tonta en su momento.

Así que la joven Clarisse no solo huía de los estigmas de Robert y Diana, sino que también estaba huyendo de los malditos prejuicios que tenía el exclusivo círculo porteño donde antes frecuentaba.

También pensaba que aquí no sería vista como alguien de belleza tan común, porque Clarisse no se distinguía precisamente por su gran atractivo,

como Diana; su ex amiga, por ejemplo.

Clarisse era bajita, delgada de cabellos negros hasta el pecho, de rasgos acentuados, aunque lo más bonito que tenía eran los ojos; de un precioso color castaño; pero luego no se notaban en ella otras características que podrían decir de ella que fuera una gran belleza. Bonita sí. Pero hasta ahí.

Así fue que decidió venir. Para empezar de nuevo y con la mente centrada en acabar los últimos meses del colegio en uno privado y exclusivo de Asunción, y enfocarse en su vida, alejada de los excesos que la estigmatizaron en Buenos Aires.

Obviamente su abuela, la señora Naomi Casartelli, una de esas damas prácticas que puede verse fácilmente en la capital paraguaya, estuvo encantada de recibir a su nieta. Mas porque llevaba tiempo sin verla y porque también creía que teniéndola cerca le quitaría parte de esos aspavientos que tenía adquiridos como muchachita malcriada en otro país.

Naomi era la progenitora de la madre de Clarisse, y había sufrido cuando su hija se había casado con un millonario argentino que un día vino a Asunción y se la llevó.

Pero la situación compensó un poco cuando la madre de Clarisse traía a dejarle a la niña por varias temporadas todos los años, así que la relación de Clarisse con su abuela era bastante sólida.

Es por eso que Clarisse era tan diferente a sus antiguas amigas que eran más extrovertidas, abiertas, sociables y emprendedoras en varias cosas.

Clarisse siempre había sido muy retraída para su propio bien y muy cerrada, aunque obviamente fue recibida en su momento en el círculo porteño por el dinero y prestigio de su familia. Pero en esencia, Clarisse era una chica inocente e ingenua, rasgos que nunca perdió pese a convivir en una caterva de gente que velaba por la superficialidad como palabra santa.

Por eso, al venir a Paraguay y refugiarse con su abuela, Clarisse se sintió mejor Así que por ese lado, la joven emigrante sentía que podía estar

tranquila. O al menos eso pensaba. No necesitó que pasaran meses para que Clarisse supiera que estaba de vuelta en problemas o que al menos su tranquilidad se viera disminuida cuando volvió a encontrarse con alguien que no se esperaba.

O quizá si lo hubiera esperado, pensaba que los antiguos efectos de atracción que le producía hubieran mermado. Su vecino.

Si, un muchacho que había sido grosero y tosco de niño, y que parecía no haber mejorado con los años, ya que tenía la misma edad que Clarisse.

Si, Maximiliano Ibarra seguía viviendo en la misma casa, pegada a la suya. El estar en Buenos Aires y vivir rodeada de su burbuja de oro; además sumado su aventurilla con ese bastardo de Robert le había impedido volver a pensar en aquel muchacho.

Max había sido un caso, siempre que se veían o encontraban en el barrio, donde tenían la desgracia de verse siempre, y el chico, un sardónico de nacimiento no dudaba jamás en burlarse de su vecinita "*la argentinita*".

Bueno, a esto había que sumarle que Clarisse tenía un gen especial para gustarle este tipo de personajes. Y si, a la muchachita siempre le había gustado, claro, en secreto. Probablemente Max había sido la inspiración inconsciente que había tenido en su momento cuando se prendió de Robert en Buenos Aires o cuando se sintió atraída por Alex Francois, otro chico problema.

Para que ir más lejos, si por cuestiones residuales íbamos, tanto Robert, Alex y Max compartían los mismos detalles físicos.

Max era más alto, eso sí. Pero portaba unos ojos azules muy oscuros, bastante exóticos, herencia de su madre brasileña, junto a una piel tostada de forma natural, herencia también de quien otrora fuera su hermosa progenitora. Durante mucho tiempo había usado el pelo largo, pero el último año se lo había cortado porque le molestaba la vista, así que por practicidad se había deshecho de la coleta que había usado por años. Quizá por ese detalle es que Clarisse no lo había reconocido enseguida, cuando lo vio estacionar su

imponente motocicleta enfrente de su casa. Clarisse estaba en el balcón de la suya cuando lo notó. Ni siquiera cuando se sacó el casco pudo caer que se trataba de Max Ibarra, sino cuando éste, notando que estaba siendo observado se volteó y los ojos de ambos hicieron contacto. Imposible no distinguir los ojos de Max.

Además, acabó de confirmarlo cuando el muchacho sonrió de lado, y le hizo una grosera mueca con el dedo del medio a modo de saludo. Era él. El que recordaba, que distaba de ser el chico perfecto que alguna madre querría para una hija.

Egocéntrico, bocón, grosero, soberbio y, además, para variar, en los últimos meses, pandillero con un grupo de locos en motocicleta. Como su casa estaba pegada a la suya, Clarisse podía oír perfectamente cuando llegaba, haciendo un ruido terrible con esa moto del demonio, que asustaba a todo el maldito barrio, en especial en las madrugadas, luego de las juergas con un grupo de inadaptados que tenía por compinches. Sin duda que Max se había descarrillado por completo este tiempo.

Y ella podía verlo, porque con sus nuevos objetivos fijados siempre estaba despierta a esas altas horas estudiando, porque pretendía irse a estudiar Medicina a los Estados Unidos apenas acabase los pocos meses de colegio que sobraban.

Ni que decir, cuando traía con él, señoritas, que salían de la casa, ya casi al amanecer. Eso también podía verlo y oírlo ¡maldito balcón el suyo y maldita ventana también!, y ya que estábamos, ¡maldita curiosidad la suya!

Y no era para menos. El padre de Max, Eduardo Ibarra, le dejaba hacer lo que se le antojase. A pesar de ser vecinos y de las intermitentes venidas de la chica a Asunción, con excepción de las burlas despectivas que él le hacía llamándola “*la argentinita*”, nunca pudieron socializar mucho, porque Clarisse era una niña muy tímida, y le temía a todo, aunque Max en esas épocas era un tanto diferente. Era rebelde, pero no como ahora.

¿Cuál era la diferencia fundamental de ese tiempo a esta parte?; durante ese lapso, la madre de Max había muerto, y el moreno pasó a convertirse en un

pendenciero radical. Convirtiéndose en lo que amenazaba en su temprana adolescencia y que parecía haber estado “algo dulcificado” por la presencia de su madre.

Habían pasado años ya de eso, pero aun pese a la gran diferencia actual, Clarisse nunca se pudo quitar la atracción y el magnetismo que le producía el muchacho, y que había suprimido por sus problemas en Buenos Aires y que ahora al volver a verlo, resurgieron con fuerza por Max, quien, por si fuera poco, casi nunca le dirigía la palabra. Y si lo hacía, no era precisamente en términos amables.

Así que de nuevo Clarisse Duran estaba metida en problemas. Había salido de una, para meterse en la boca del lobo que caza y ella era muy débil para resistir algo que siempre le había producido tanta curiosidad y atracción.

Como ese día lluvioso, antes de las clases, cuando coincidieron en el ascensor del colegio, porque además dio la maldita coincidencia de que Clarisse había venido trasladada al mismo exclusivo colegio del barrio Carmelitas, donde estaba también inscripto Max, aunque desde la llegada de la joven, no habían coincidido allí, con excepción de este día de tormenta fría donde ambos llegaban tarde.

Clarisse porque había estado hasta la medianoche preparando sus tareas y él, pues, bueno, la evidencia de su llegada tardía, se le veía en la cara.

Tenía muchas marcas rojas en el rostro y un hilo de sangre le corría por cerca de la oreja. Era más que obvio que acababa de estar en alguna pelea, y además muy temprano. Su encuentro fue imprevisto y Clarisse casi se muere del susto, cuando ya cerraba el ascensor, alguien se mete casi de improviso dentro. Mojado, sucio, y sangriento, ahí estaba Max, con sus ojos azules más fríos que de costumbre, sin saludar siquiera apretando el botón que lo llevaría al quinto piso, donde estaba el ala de su salón de clases. Ni siquiera traía algún cuaderno.

Clarisse se había quedado estupefacta, con la boca abierta, mirando al chico. No solo por la sorpresa de tenerlo tan cerca en un espacio tan reducido, que era más lo que ella hubiera tenido en años con él, sino por su aspecto

lastimoso. Su corazón, en esencia, bondadoso, se encogió al verlo así, pero el encanto se acabó al instante, cuando oyó su inconfundible voz.

— ¿Qué tanto me ves, tonta, acaso tengo algo en la cara? —mirándola con sus ojos cobalto, despectivos y malvados. Clarisse literalmente se quedó tartamudeando la respuesta, pero luego, cobró algo de valor. ¿Qué se creía este tarado?, ella podría sentirse atraída a él, pero tampoco era para que la tratase como idiota. ¡Por dios, si hasta eran vecinos!

—No hubieses venido si estabas en estas condiciones —mencionó Clarisse

—No es problema tuyo, y mejor cierra la boca —volvió a reprender groseramente el muchacho

—Solo fue un comentario. Eres una bestia —le dijo Clarisse, aunque al decirle, no pudo evitar ligeramente apretar la carpeta contra sí, cuando vio la terrible mirada que el muchacho le dirigió.

Max bufó, y sonriendo de lado, tuvo una relampagueante idea de molestar a la chiquilla, después de todo, esa era una especialidad suya, pero cuando iba a acercarse a la temblorosa joven, el ascensor empezó a emitir la luz roja, típica de una alarma. Se había trancado, o tenía problemas técnicos. O seguramente estaba fallando la energía eléctrica.

— ¡Maldición, lo que nos faltaba! —farfulló Max. Genial, había quedado atrapado en ese apestoso ascensor, y además con la “*argentinita*” que tenía por vecina, que siempre tenía la manía de mirarlo con un gesto que siempre lograba irritarlo. Una de las razones, por la cual siempre la había ignorado.

No le gustaba ese gesto de compasión o quien sabe que, que despedía los ojos de esa chica. Al final, desistió de su idea de molestarla, así que se alejó, y se recostó por una esquina.

— ¡Por dios! ¿Qué crees que ha sucedido? —murmuró asustada la joven

—Si lo supiera, no estaría aquí. Lo mejor que podemos hacer es quedarnos callados, tu principalmente. No sabemos, si esto irá para largo —musitó el chico, ya recostado, cruzando sus brazos.

Al cabo de como tres minutos de silencio horrible, con una espantosa tensión que podría ser cortada con una tijera, y pese a todas las anteriores agrias respuestas del muchacho, Clarisse no pudo evitar sentir una pena horrible al volver a mirar su aspecto. Así que tomó una decisión, acercándose al chico.

—No seas así, y déjame ayudarte. Estas sangrando ¿sabes que eso podría matarte? —dijo la joven, repentinamente, sacando de su mochila, un paquete que parecía ser un botiquín, de esos que se compran por paquetes de las farmacias, y que Clarisse siempre portaba en la mochila, porque su amiga Karina, experta jugadora de *hándbol* y una de las pocas amistades paraguayas con quien siempre mantuvo contacto, siempre se lesionaba y a Clarisse le encantaba curarla.

No en vano, tenía planes de ser médica, así que por algo se empezaba.

—No necesito de tu lasti... —iba a terminar de decir Max, pero la muchachita ya estaba enfundada con un trozo de algodón bañado en alcohol y se lo estaba pasando por el rostro y en especial por el hilo de sangre del costado de su oreja, haciendo que el jovencito, abriera sus ojos, con mucha sorpresa, aunque tampoco reaccionó de alguna forma violenta, como podría esperarse, de alguien que hablaba tan toscamente.

Tuvo el primigenio impulso de empujarla, pero se detuvo. ¿Qué clase de loca, guarda un botiquín andante en una mochila escolar? Aunque en parte no se extrañaba, jamás se lo diría, pero él sabía que su vecina, “*la argentinita*” era una gran fanática de la medicina desde siempre que había venido en sus temporadas desde Buenos Aires, y había oído, en algún chisme, que apenas terminase el colegio, la mandarían a Estados Unidos a estudiar esa carrera, lo cual era motivo de gran murmullo en el barrio donde vivían.

A Max, no podría importarle menos, pero de algún modo eso le molestaba

y no sabría explicar exactamente por qué.

No lo entendía, no había visto a Clarisse por muchos años, y de seguro como típica chicuela bien, había venido a este país, devuelta porque seguro la pifió en el círculo social a donde andaba adscripta en Argentina.

—Debes tomarte una dipirona y en verdad, deberías volver a tu casa. Estoy segura que, con todo este desastre, las clases se suspenderán, y necesitas reposar —decía la joven al tiempo que limpiaba los últimos regueros de sangre del rostro del joven.

De verdad estaba actuando como una verdadera profesional, aunque muy en sus adentros, estuviese temblando por la excitación del corazón por la cercanía del roce, con alguien, con quien se sentía vivir a kilómetros de distancia, aunque viviesen pegados.

— ¿Qué te crees, médica o qué, ahora? —se burló el chico, intentando volver a su sonrisa sardónica, para intentar ocultar que el roce de la joven, no se le hacía para nada molesto. Es más... hasta lo hallaba placentero.

No sabía cómo, pero luego de los puñetazos que se había estado dando afuera con Richard, uno de sus eternos rivales de pandillaje, esta chica, la tal Clarisse, que, pese a todo su mal genio, no tenía problemas en acercarse a él y hacerle esto.

—No lo soy, pero lo seré —respondió Clarisse con una ligera sonrisa y un brillo en los ojos. Al recordar el sueño que se había trazado de estudiar medicina y alejarse de todos esos problemas sin sentido en las que se vio envuelta cuando vivía en su burbuja en Buenos Aires

—. Ya estas, al menos ya no sangras como hace un rato —terminó diciendo la joven al tiempo que bajaba su brazo.

Max era demasiado alto, y ella había tenido que alzar su brazo, para poder pasarle los algodones. En serio, estaba siendo muy amable, y esto hasta el maleducado de Max tenía que reconocer.

Fue ahí que volvió a fijarse en los ojos de la muchacha. Marrones. Tan transparentes, tan tranquilos, como si estuvieran allí, sin peso de consciencia alguno. No como los de él.

En ese instante, hubo un leve temblor en el cubículo del ascensor, haciendo que la joven tambaleara y perdiera el equilibrio y cayera hacia el pecho del moreno, que tuvo el gesto primario de sostenerla con un brazo. Ese fue el momento más emotivo de la vida de Clarisse Durán.

¡Había estado en contacto directo con Max, sentido su perfume de *Old Spice*, mezclado con un poco de suciedad de asfalto, y notas de sangre!, quizá fue un accidente, pero como sea, Clarisse casi se muere de la impresión. Él se quedó estático, hubiese podido tener el primer impulso de decirle alguna salvajada, pero se detuvo.

Y ahí en ese instante les vino la salvación. La luz del ascensor volvió a brillar con mucha fuerza, y había regresado el movimiento. Por lo visto la falla había sido resuelta, y la chica se incorporó de inmediato, totalmente sonrojada. Cosa que el joven no pudo evitar notar. Las muchachitas eran muy fáciles de leer, y ella no era una excepción. Se quedó estático, con las manos en el bolsillo, pensando, mientras Clarisse apretaba veloz cualquier botón, para bajarse en el primer piso que abriera.

—Oye, tú también vas al quinto piso —acotó Max

—No, bajaré aquí, quiero hablar con una amiga de esta ala —mencionó la chica, hecha un manojo de nervios, ya que apenas abrió la portezuela, salió disparando de allí, como alma que lleva el diablo.

Max se quedó observando lo sucedido sin moverse, pero con todo lo ocurrido no pudo evitar pensar y relacionar los gestos de la chica, con sus actitudes. Una sola idea le vino en mente. ¿Acaso Durán gustaba de él? Las sospechas que siempre tuvo de la “argentinita” ¿podrían ser ciertas?, Clarisse era un como libro abierto para una mente ágil y Max no era ningún idiota.

Había tenido que bajar apenas tuvo posibilidad de hacerlo. No podía estar cerca de Max. Su extrema cercanía había sido detonante de su imprevisto escape. ¡Maldición!, Max le gustaba, y a él ni le interesaría, aunque supiese la información. Huir fue la mejor manera que él no notase que estaba más roja que un tomate y que temblaba como una hoja, luego de ese acercamiento piel con piel. Menos mal las clases se suspendieron, ya que el mal tiempo había cortado la energía eléctrica y arruinado de paso algunos computadores, y si bien habían restablecido parte de la electricidad con un generador, las clases no podían seguir así; así que se ordenó a los alumnos que regresasen a sus casas.

—Qué alivio. Al menos podré irme a casa y morir de vergüenza allí. Ya mañana se me pasará —se dijo a sí misma la chica. O al menos así lo creyó.

Pero bueno, pareciera que las cosas iban de mal en peor para Clarisse. Por culpa de la lluvia había retraso en los buses que pasaban frente al colegio, no divisaba taxis, y lo peor es que sabía que su abuela había ido a jugar canasta con unas amigas, al Club Centenario y no quería molestarla con que viniera a buscarla. Y de seguro el chofer estaba con ella. Mal. Todo mal. Estaba allí, paradita bajo un toldo de publicidad de un refresco, esperando el milagro de un bus donde ella pudiese caber, cuando ocurrió lo impensable.

Una motocicleta había estacionado frente a ella, y ahí sí que Clarisse casi se muere del susto, cuando nota que el conductor era nada menos que Max, quien, sacándose el casco, aun bajo la lluvia le refiere:

—Sube, te llevo.

Clarisse empezó a parpadear confusa. ¿Este loco pensaba alzarla sobre eso, con una lluvia loca cayendo sobre ellos? Ni muerta.

—Está bien, si quieres puedes quedarte a pudrirte aquí. Nos veremos

luego, Durán —haciendo ademán de colocarse el casco para largarse de allí.

— ¡Espera! —pareció reaccionar Clarisse, al notar que probablemente las horas que estaría varada en ese sitio. Ya tenía frío y hambre. ¡Maldita dieta mediterránea! Además, Max vivía a lado de su casa. No debería ser tanto drama. No tuvo más remedio que subirse a esa cosa, y colocarse el casco que el moreno había estado usando, porque solo tenía uno y se lo dio a ella.

—Agárrate de mí, si no quieres caer —le espetó el chico —Puedo agarrarme de...— quiso responder la chica

— ¡No seas idiota y hazlo de una maldita vez! —ordenó el joven, empezando a acelerar, ante lo cual la joven no tuvo más remedio que obedecer y posar sus pequeñas manos por la cintura del chico.

Clarisse Durán nunca creyó que su corazón podría llegar a latir con más fuerza que ahora.

— ¿Cómo fui tan idiota de olvidar las llaves o quizá se me hayan caído? —se decía Clarisse, frente al portón de su casa, a medida que buscaba y hurgaba dentro de su eterna mochila rosa, al tiempo que no dejaba de mojarse. La muchacha había olvidado sus llaves y su *Smartphone*.

Hace solo unos instantes que Max la había bajado allí, y sin mediar palabras se había metido a su propia casa, pegada a la suya. La chica no había

tenido tiempo ni de agradecerle. Aunque en parte ahora maldecía haber venido, ya que se estaba empapando, y su única solución era buscar algún refugio y esperar a que su abuela volviese con la llave que ella tenía.

Ya estaba a punto de irse, quizá a la tienda de zapatos franceses de la esquina a esperar, cuando, una inmensa figura, o al menos eso le pareció, le salió al paso. Acababa de ocurrir un tercer milagro en el día.

—Menuda tonta —increpaba Max al tiempo que le arrojaba unas toallas secas que Clarisse tuvo mucha suerte de atrapar.

Al final, el muchacho había salido con un enorme paraguas, literalmente a rescatarla, luego de estarla observando desde su ventana de su cuarto de arriba. ¡Que muchacha tan idiota!, y bueno allí estaban, en la cocina de la casa de Max, con ella sentada en un taburete y secándose con las toallas que el chico le arrojó.

Él ya estaba cambiado, ya no tenía su uniforme estudiantil hecho jirones como hace rato cuando estaban en el ascensor. Con su camiseta negra y unos jeans que casi hizo que la chica cayera de espaldas.

—Gracias, Max —finalmente musitó la jovencita, aunque seguía temblorosa. En verdad se había empapado bastante bajo esa lluvia. Y además ya se estaba muriendo de hambre. No en vano ya era hora del almuerzo, y ella,

como buena chica de costumbres, debería estar calentando la comida que la cocinera de su abuela dejaba hecha antes de irse. Y es por eso que casi se muere de la vergüenza cuando su estómago empezó a gruñir, y era inevitable que el chico que estaba mirándola con los brazos cruzados no pudiese oírlo.

—Vaya, vaya... también tienes hambre. Eres todo un problema —añadió Max, aunque luego observó que la chica seguía temblando, y las gotas de agua seguían cayendo de sus ropas—. Estas ensuciando mi casa, tienes que cambiarte, sígueme —volvió a decir el chico, al tiempo que se dirigía a la escalera, y ante la impavidez de la mirada de la joven ante tamaña orden—. ¿Es que acaso estas sorda?, he dicho que vengas. No voy a comerte si es lo que te preocupa —con un tono burlón.

Clarisse se indignó, pero no tuvo más remedio que seguirlo. Max podría ser un idiota, pero tenía que admitir que se estaba portando bien con ella. Y además él ya había dicho que no iba a comerla o algo por el estilo.

Esas palabras le habían pegado un poco feo. ¿Acaso Max estaba tan fuera de su alcance?; pues si era así, tendría que aprovechar estos instantes preciosos, quizás los únicos de su vida, donde podría estar así de cerca con Max.

Y si, no la había comido.

Cumplió con esa amenaza, ya que solo la había hecho que se metiera en el baño, se bañara con agua caliente, para quitarse esas ropas mojadas.

Y ahora estaba en la posición más vergonzosa de su vida. Liada hasta el cuello con todas las toallas que el chico le había arrojado, sin atreverse a salir, ya que el baño estaba dentro del cuarto de él, porque el muy

desvergonzado ni siquiera le dio pie a que se bañara en algún cuarto de invitados. Puso su oreja pegada a la puerta. No oyó ruido alguno. Quizá debería salir, y confiar que el chico se estaba portando como un caballero y estuviera lejos de allí, así que sigilosamente abrió la puerta, roja como un tomate, y sumamente nerviosa, saliendo a pasos silenciosos.

Y en efecto no había nadie. Respiró tranquila, y fue ahí que se dedicó a mirar con detenimiento el lugar. Reconocía ese ventanal. Tantos años mirándola desde la casa de abuela, por temporadas, era imposible no relacionarla con lo que ella sabía desde lejos, que era la habitación de Max

Una enorme cama, un televisor gigante, un aparato de PlayStation 4, un estante con muchísimos discos de música, y varias guitarras colgando por la pared. Si, definitivamente la habitación de un chico.

Aunque al ver esas guitarras, algo se removió en Clarisse. Ahora que lo pensaba, hace varias temporadas que no recordaba al joven tocando la guitarra. Sonrió levemente al recordar como el moreno solía despertar al barrio con los sonidos de algunos de esos aparatos. Clarisse casi de inmediato lo asoció con el recuerdo de que, en efecto, el moreno había dejado de ser muchas cosas, desde la muerte de su madre.

Por lo visto, la práctica musical había sido una. Estaba tan pensativa en esos antiguos recuerdos, que por eso casi le da un ataque cuando la puerta se abre intempestivamente.

—Toma, ponte estas ropas —era Max, que como si nada había entrado con una muda de ropas, que las arrojó a la chica que apenas estaba cubierta por las toallas, aunque al verla en ese estado, en verdad le había sorprendido, aunque su rostro denotase lo contrario.

No esperaba que verla así, le causase esa impresión. La conocía desde siempre. La chiquilla mojigata que toda su vida había sido vecina suya. ¿En qué maldito momento se había desarrollado tanto? El chico enarcó una ceja impulsivamente al percatarse de lo que las ropas podían llegar a ocultar y en parte porque no recordaba mirarla demasiado, porque a sus ojos, Clarisse era como una niña, pero bueno, a ojos vistas.... definitivamente ya era esa niña.

— ¡Por dios, que no ves que no estoy vestida! —finalmente gritó la muchacha, intentando apretar lo que podía la ligera toalla.

—Sí que me doy cuenta que no estas vestida —adujo Max, sin inmutarse, con sus ojos azules ligeramente dilatados. No era de piedra, y como todo hombre que no estuviera ciego, le gustaba lo que veía, y pues bueno, tampoco era un caballero, como para salir ante el mero reto de la joven.

Después de todo era su maldita casa. Aunque finalmente tuvo que salir, porque la cara roja a punto de explotar de su pudorosa vecina le había molestado. Además, tampoco catalogaba a Clarisse como el tipo de chicas que él solía traer allí.

Cuando la jovencita bajó, un olor humeante hizo que el gruñido de su estómago volviera con fuerza. Max le había traído una camiseta y un pantalón ligero que parecía un pijama. Además, se notaba que era algo de él, porque el aroma de las notas de Old Spice, tan propio de Max se percibía a través de esas prendas.

Ya cuando estaba en la habitación, había visto en los ventanales que seguía lloviendo afuera. La verdad sí que había caído mal clima. Estúpidos pronosticadores que la habían vuelto a errar. Cuando bajó a la cocina, su sorpresa fue aún mayor, cuando notó que el olor humeante era de ramen recién hecho, casero, por el olor delicioso. Casi se petrifica cuando notó que era Max quien los estaba haciendo.

—Con que estas aquí. Ven y come de una vez, así apenas llegue tu

abuela con la llave, te puedas largar —al tiempo que con unas pinzas servía los fideos sin mucho miramiento en los tazones.

Clarisse quiso indignarse, pero el olor de ese ramen casero hizo que olvidara hasta su nombre.

—No sabía que cocinabas —mencionó la muchacha al tiempo que tomaba asiento en el taburete del desayunador de mármol, frente al plato humeante, y se disponía a tomar los palillos.

—No sabía que tenía que rendirte cuentas de todas mis habilidades —replicó egocéntrico; para añadir con una sonrisa malévola—. No es de extrañar, mi genialidad se aplica a cualquier cosa. Al tiempo que sorbía los deliciosos fideos, recordó que la difunta madre de Max había sido una gran cocinera, probablemente esta habilidad era un legado de ésta para con su único hijo. Porque cocinar comida oriental no era ningún juego. Y a Max por lo visto se le salía fácil.

—Esta delicioso, Max. Pensé que tu sirvienta cocinaba —adujo Clarisse al tiempo que devoraba el platillo.

—La muy holgazana no vino por la lluvia, así que cuando no viene, yo cocino —respondió al tiempo que él también sorbía los fideos con verduras.

— ¿Y tu padre también cocina?

—No, ese viejo se las pasa de listo. Seguro esta noche vendrá a devorar lo que encuentre sino es que no come afuera — dijo naturalmente, como si nada.

El señor Eduardo Ibarra era un exitoso abogado comercial, dueño de un estudio jurídico que se dedicaba en exclusiva a las fusiones de empresas y bancos. Una situación que lo acarreó a tener un nivel de vida respetable y tener esta valiosa casa en un barrio tan exclusivo como éste. Clarisse se detuvo un instante a estudiar al muchacho que le hablaba naturalmente.

Sabía que el señor Eduardo siempre había sido muy permisivo con su hijo y era testigo de jamás haber oído una pelea en esa casa.

Tal vez porque Max era el único recuerdo que Eduardo Ibarra tenía de Maité, la difunta madre de Max, quien no había sobrevivido a un parto donde también pereció quien iba a convertirse en la hermanita de Max.

Un embarazo difícil, y complicado porque la señora Maité ya no era tan joven cuando había quedado embarazada. Pero mejor ni tocar ese tema. Hay situaciones donde los terceros no tenían cabida.

—Te vendrá bien esta habilidad de cocina cuando vayas a la universidad —adujo la joven

—No iré a la universidad —respondió escueto, y al tiempo que añadía—. ¿Es que nunca te callas cuando comes?, ¿tu madre o tu abuela no te han enseñado a cerrar la boca al comer? —cerró la charla abruptamente.

—Solo decía —resopló ligeramente fastidiada. Qué carácter más difícil el suyo.

—Oye —volvió a romper el silencio el moreno, haciendo que la chica parara un segundo la fruición con la que comía aquel delicioso ramen para oír lo que él tuviera que decirle, y él no falló en su cometido cuando comentó: —. No llevas ropa interior ¿no te da miedo estar así frente a un hombre?

Clarisse casi se atraganta con el comentario. Era cierto, no se había puesto sus interiores porque estaban mojados, pero por lo visto la vista de halcón, y desvergonzada de Max no había perdido pisada del asunto.

—Eres un bobo —increpó Clarisse, tremendamente sonrojada e indignada. Luego del exquisito almuerzo, porque eso ni Clarisse podría negar, ella se quedó en el salón sentada sobre el sofá. La lluvia había mermado, pero todavía faltaba un poco para que regresase su abuela, así que decidió quedarse lo que faltaba, además el joven, pese a sus toscas intervenciones no era mala compañía, además dentro de todo, seguía siendo como un sueño hecho realidad para Clarisse. ¿Quién sabe si alguna vez volviera a estar así con su vecino?, aunque él no volvió a aparecer en el salón, con excepción cuando ella lo llamó al oír al ruido del auto de su abuela llegando en su casa.

—Gracias Max, en verdad te agradezco mucho lo hiciste por mi hoy.

—No digas boberías. Me regresas mañana mi ropa, bien limpia y planchada, y en lo posible, no quiero volver a verte merodeando mi casa. Ahora sí; largo.

Clarisse solo sonrió. Extrañamente esas horas cortas cerca del chico de carácter feo, le habían dado una pincelada más verdadera, de lo que él realmente era.

Un par de días después de aquel encuentro lluvioso, casi no volvieron a cruzarse, porque Clarisse estaba muy ocupada preparándose para los finales y estudiaba casi todo el tiempo y en el colegio, casi ni se veían, porque él solo venía para rendir, luego se marchaba, y en su casa tampoco oía mucho movimiento, aunque algunas madrugadas si podía oír a través de su pared, el ruido de la motocicleta llegando.

Lo que si le extrañó a Clarisse es que desde esa vez no había vuelto a oír voces femeninas llegando a horas poco decentes ni risas raras. Pero bueno, debía olvidar eso, dentro de poco terminaría las clases, y debía empezar a preparar el viaje más importante de su vida.

Aquella que la llevaría a Estados Unidos a cumplir su sueño de ser doctora y dejar atrás la vida que había llevado desde antes. Ella tenía ese sueño, no sólo por ella misma, sino también para demostrarle a todo el mundo y en especial a ese patán de Robert, el maldito que la había desvirgado y que luego se había burlado de ella contándoselo a todo el mundo como

vanagloriándose de que ella había sido otro juego de su colección, humillándola, pisoteando su orgullo y autoestima de adolescente en proceso de convertirse en mujer.

Si, cada vez que recordaba a Robert, se le venían unas ganas horribles de ahorcar a alguien.

—Oye, Max; tengo algo que pedirte —pidió un joven alto, de cabellos un poco más negros que los suyos, aunque éste lo tenía un poco más largo y lo usaba suelto, a diferencia del moreno que ya lo tenía corto.

—No soy un maldito recadero, Fernando —respondió el chico, al tiempo que seguía pasando el trapo por su reluciente motocicleta. Fernando era uno de sus tantos compañeros de andadas. Era mayor que él y habían forjado una buena relación en base a sus pésimos caracteres, aunque no eran lo que se decía, grandes amigos.

—La chiquilla que vive pegada a tu casa ¿cómo es que se llama?, la que se dice que se irá a Estados Unidos; me interesa. La estaba viendo el otro día. Es un bocado muy delicioso. No puedo dejar de darle una probadita antes de que se marche —musitó Fernando sin dejar de pasarle el brillo su reluciente motocicleta.

Al oír eso Max se quedó ligeramente estático. De alguna manera oír eso no le gustó nada. ¿Cómo que darle una probadita?, la idiota de Clarisse Durán no era para esas cosas. No podía ni ser capaz de imaginar a Durán arrodillada frente a Fernando haciendo alguna cosa extraña.

Eso no era para ella. Y es lo mínimo que le esperaba si Fernando lograba atraparla. Era repugnante. Apartó los pensamientos de su mente.

—No te le acerques. Creo que ya tiene hombre —espetó Max tomando una caja de herramientas y volviéndose arrodillar junto a su fiel motocicleta, esperando que, con esa respuesta, el imbécil de Fernando calmara sus tonterías.

Pero bueno, él no vivía en la mente de Fernando, y en ese momento no era capaz de leer los pensamientos locos que éste ya estaba maquinando.

Esa tarde, Clarisse que vivía por y para estudiar, salía de sus clases privadas que tenía por la tarde como refuerzo de su curso de inglés, que tanto necesitaría cuando fuera a Estados Unidos. Ese día se le había hecho particularmente tarde y la joven se estaba dando cuenta que probablemente tendría que ir caminando a su casa. Todavía no había caído la noche, así que eso la animó, total era como una hora, a pasos continuos.

Ventajas de vivir en un barrio como el Carmelitas. Acomodó sus carpetas y comenzó su caminata. También este ligero paseo le ayudaba a acomodar su mente. Había pasado varios días ya desde aquel encuentro fortuito bajo la lluvia con Max, suspiró resignada, suponía que luego de todo lo que había vivido y la creciente atracción que sentía por el rebelde muchacho, que se había reavivado con su regreso, pensaba que lo ocurrido aquel día de lluvia había sido un milagro.

La inseguridad de Clarisse en cuestiones románticas se había visto seriamente dañada luego de su experiencia con Robert, y luego de haber estado cerca de su ex amiga Diana Rodríguez, otra morena como ella, pero mucho más deslumbrante e intensa.

En sus adentros, Clarisse hubiera querido poder ser como ella. Por eso se

confortaba con su ida a Estados Unidos a finales de año. Cuando estuviera en otro país, y estuviera en la universidad, haría lo posible por resetear todos los malos recuerdos que la habían atormentado todos estos años. Robert, su primera mala experiencia y también Max, porque quiera o no, ese muchachito había vivido dentro de sus recuerdos por muchos años,

y ahora venía a atosigarla como si la vida gozara mostrándole lo que no podía tener.

¿Dónde estaría ahora?, seguro vagando por las calles pensaba Clarisse, no le interesaba quitar buenas notas porque la universidad no estaba en sus planes, así que era más que seguro que andaba de vago por allí, con esa motocicleta o quien sabe, metido en que andanzas.

Parecía que sus pensamientos estaban siendo leídos cuando escuchó el conocido rugir de un motor, por supuesto de una moto, no podría ser de otra cosa. Por ese rato, los ojos marrones de Clarisse se abrieron con efusividad, pensando lo "impensable", valga la redundancia mal utilizada.

¿Acaso podría ser Max? ¿Acaso los milagros se sucedían? Cuando giró, con una sonrisa incrédula en los labios, ésta no tardó en desvanecerse cuando en vez de toparse con quien esperaba, se encontró con alguien, casi igual de portentoso, pero que no era él. Y desde luego que conocía.

Sus años de stalker de la vida del radical muchacho la había hecho conocedora de que se trataba de Fernando López, un miembro de la pandilla de Max que solía venir a veces en casa del chico de ojos añil y que como no podría ser de otra forma, alguien de su círculo de locos motociclistas.

Primero se dio un susto de muerte, porque no esperaba ver a este sujeto y además con una sonrisilla de autosuficiencia en los labios, montado sobre su moto. Idéntico al otro, pero muy diferente.

—Hola ¿eres Clarisse, ¿verdad?

—Sí, si lo soy ¿necesitas algo? —consultó una Clarisse confundida del motivo de porque un hombre que nunca la había saludado, ahora venía en estas andanzas.

—Soy Fernando, soy amigo de Max, tu vecino, y la verdad, pasaba por estos lares porque quería dejarte una invitación a un evento de motociclistas. Max me dijo que te invitara expresamente porque eres su conocida de hace tiempo, y todo dicen que pronto te iras de aquí, y pues sería bueno que vinieras —mintió el joven

Clarisse parpadeó confusa. ¿Max la estaba haciendo invitar a un evento de su grupo?

—Si te parece bien, vendré por ti mañana a esta hora. ¿Qué dices?, la autopista donde hacemos las carreras no está lejos de la Costanera de Asunción —siguió intentando convencer el muchacho con dejo inocente

—Pues, no lo sé.... yo...— tartamudeó la chica, pero el joven fue más rápido, típico de alguien experimentado que sabía lidiar con mujeres de nula experiencia—: Vendré por ti pasada las nueve de la noche. ¡Adiós Clarisse!

Y si, la muchachita se quedó parada allí como boba, viendo como la moto se alejaba a gran velocidad y sin que ella pudiera darle una respuesta. La había tomado por sorpresa y de vuelta su casi nula capacidad social engeuecida a su vez por su baja autoestima no había tenido suficiente capacidad de respuesta.

Clarisse se pinchó el rostro una vez, para ver que esto no era un sueño. Toda su vida había soñado con ir a un evento como ese. En Buenos Aires nunca había ido porque Diana y Mara lo odiaban y consideraban como fuera

de su clase, pero ella no. O quizá si antes lo detestaba, había olvidado aquello, de sólo saber que Max la mandaba a invitar.

Como sea, ahora ya no importaba y sonrió feliz camino a casa, apresurando sus pasos. Si hubiese sospechado que Fernando había nombrado a su vecino, porque lo consideraba como una carnada de seguridad, al cual la joven le daría confianza de ir, hubiera sido un duro golpe para la muchacha morena. Porque Max no estaba ni enterado del asunto. Y si lo supiese, no le hubiese gustado nada.... pero nada.

Demás está decir que Clarisse estuvo esperando como posesa la llegada del día siguiente; aunque fijó su mirada varias veces hacia la casa de Max, no lo llegó a ver, solo a su padre, igual eso no mermó su emoción de que iría a un lugar donde nunca hubiese pensado ir antes y podría estar cerca de un lugar muy concurrido por Max.

La verdad estaba haciendo todo esto, porque probablemente sería su última oportunidad antes de que ella se fuera a Estados Unidos, así que hizo lo que jamás pensó que haría.

Intentó ponerse lo más bonita que pudiese. Incluso se puso el vestido lila que Mara le había escogido antes de acabar peleadas. Un vestido corto de Valentino, una de sus últimas compras de Buenos Aires.

También se esmeró con el maquillaje. Algo suave pero bien hecho. No en vano, había visto tantos tutoriales en *YouTube*, que se las sabía de memoria

Por eso, cuando caía la noche y apenas oyó la moto estacionarse frente a su casa, salió corriendo, luego de despedirse de su abuela, que justo estaba en un juego de canastas con otras amigas invitadas a la casa. La buena señora le dijo que se llevara al chofer, pero Clarisse se negó. No quería testigos en su primera salida en un lugar público con Max.

Afuera la esperaba Fernando López con una ligera sonrisa. Clarisse no llegó a ver el genuino significado que se destiló por los labios del chico o el brillo de destello infernal de sus ojos negros, cuando la joven lo saludó y se subió a la moto, montándose al precioso *Harley Davidson*.

Fernando sonrió. Ya estaba hecho. La chica, a la cual tanto le apetecía "darle una probadita" había resultado mucho más fácil de lo que creía.

Cuando llegaron al sitio, Clarisse abrió mucho sus ojos. "Ese evento de motociclistas" distaba mucho de ser algo así, más bien, parecía la preparación de una carrera rumbo al infierno, porque ante la mirada pasmada de la joven, esto no era más que una de las tantas picadas ilegales que se suscitaban en esta área de la ciudad, cerca de la Costanera asuncena, pero una zona marginal para que lo que ella estaba acostumbrada.

Hasta su vestido lila, tierno y bonito, no concordaba nada allí. Solo cuando Fernando le habló: — ¿No vas a bajar, nena? —pareció ella despertar.

¿Era en estos lugares horribles donde Max la había hecho invitar?, motos por todas partes, mujeres en diminutas ropas o aspecto que no decían mucho de bueno y ese aire a adrenalina que en verdad la asustaba. Bajó de la moto, aunque la verdad no estaba prestando mucha atención a las palabras de Fernando, porque con su mirada intentaba buscar, entre la gente a Max.... y eso que, en medio del gentío y la locura, no sería difícil hallarlo, porque el joven era un chico muy alto y sus cabellos oscuros cuidadosamente despeinados. Solo sus pasos fueron detenidos, por una mano que le tomó un brazo. Era Fernando

— ¿Dónde vas? Quédate aquí conmigo, vayamos allá —señalándole la zona de corridas con una risilla en los labios que a Clarisse no le pareció buena, por primera vez desde que había cedido a su impulso.

— ¿Max está por ahí? — preguntó indecisa. No le daba buena espina ya el asunto, pero en el fondo creía en las engañosas y expertas palabras de Fernando.

—Claro —respondió el joven con toda seguridad, lo cual hizo que la joven obedeciera y siguiera al chico. ¡Qué lejos de la realidad!, si Clarisse supiera... claro.

Max estaba en un sitio, muy lejano de cualquier pensamiento en ese momento. Estaba sentado sobre una tumba, en la oscuridad del cementerio de la Recoleta, en Villa Morra, en otro barrio alejado en Asunción, fumando un cigarrillo, una vieja costumbre suya que tenía cuando no había nadie que pudiera verlo, porque odiaba ese hábito, pero que se permitía estas veces que iba allí, a buscar un ligero sosiego, cuando algo le molestaba o no encontraba explicación.

Los últimos días se había estado empezando a sentir confundido con respecto a una situación y no sabía que era, y eso es lo que menos le gustaba. No tener una respuesta. Así que nada mejor que ir, allí, sentarse sobre la

tumba de su madre, con ese cigarrillo, le daba una ligera sensación de saciedad, y calma. Fue allí que su Smartphone recibió una notificación de uno de sus grupos de WhatsApp.

Lo miró de pura curiosidad, pero sus ojos azules distraídos pronto se vieron casi estáticos en una de las imágenes. Era una de una de las corridas de esa noche, y claramente pudo ver, detrás de Fernando que aparecía haciendo el gesto de la de la victoria con los dedos, una chica que aparentaba tener el rostro asustado y que conocía muy bien. Clarisse Durán.

— ¿Pero qué demonios hace esa tonta ahí? —dijo levantándose repentinamente, arrojando el cigarrillo de la boca. Parecía como si muchas cosas que lo estuvieron martillando durante tantas semanas y que fuera detonante de esta visita nocturna a su madre, tuvieran de repente un destello de respuesta.

— ¿Pero ¿dónde está Max? —seguía inquiriendo Clarisse al joven de ojos negros, que ya se estaba conteniendo mucho en paciencia ante la muchacha que no dejaba de mirar por todas partes y buscar al chico con la mirada.

Y eso sí, que ya le estaba haciendo perder el buen humor. Él había traído a esta chica para tirársela después, como ocurre siempre después de unas corridas, y había armado todo un numerito de galante cortes, pero la joven parecía que solo tenía ojos para buscar al idiota de Max.

Ya la había invitado por cuarta vez a subir con él y buscar un lugar tranquilo. Ya las carreras iban por la tercera ronda y Fernando ya creía que todo estuvo ya bueno, y era hora de irse, aunque Clarisse se pasó todo el evento distraída. ¡Qué remedio!; es como si tuviese algún tipo de obsesión con Max, porque no dejaba de preguntar por él.

— ¡Ya estuvo bueno! Vayámonos de aquí, Clarisse... tengo que enseñarte un lugar tranquilo —musitó el muchacho con tono disimuladamente bajo

Clarisse estaba nerviosa, ya todo esto le había dado mala espina, aparte de no haber visto a su vecino en ninguna parte y este Fernando que se portaba aprehensivamente pesado, ya no les gustaba, así que se negó; de alguna manera prefería llamar a un taxi y que la llevara a casa.

— ¡Por favor, ya le he dicho que no!, voy a ir sola a casa, ¡me habías dicho que Max estaría por aquí!, y no lo veo por ningún sitio, lo siento, pero me voy —respondió enérgica Clarisse al tiempo que quitaba su celular y marcar a una compañía de taxi radio de Asunción. Pero no pudo hacerlo. Una mano muy fuerte le sostuvo el brazo.

—Se acabó el juego. Tú te vienes conmigo. Tan inocente no eres por aceptar a la primera, la invitación de un hombre —exclamó ya Fernando, mostrando sus ojos negros titilantes por la rabia, y apretando el brazo de la joven, para atraerlo hacia él, al cual Clarisse no podía oponerse por su tremenda fuerza. Ya había perdido la paciencia.

—Por favor, no. Suéltame —rogó la jovencita, intentado zafarse. Pero algo ocurrió. Muy típico en películas donde jovencitas a punto de ser violentadas a hacer lo que no deseaban. Apareció un héroe o un príncipe azul, bien dispuesto a salvar a la damisela en peligro. Aunque si uno lo piensa bien. Él que había aparecido estaba mucho del ideal de un héroe salvador.

— ¿Es que estas sordo, Fernando?, ya suelta a la estúpida mocosa de una buena vez —la voz potente de Max se hizo sentir en el lugar, luego de bajar de su motocicleta.

Fernando se giró ante la aparición, muy sorprendido. No esperaba ni sabía

que a Max pudiese ni remotamente interesarle que él jugase con Durán, ya él otro día le había sondeado, pero como que no hubo respuesta positiva fue que había procedido a su plan de seducción a la morena de ojos marrones.

Pero Fernando, pese a lo orgulloso que podría ser, tenía códigos bien definidos con Max. Jamás pelear por mujeres, era una de ellas. Y era claro que el moreno la había visto primero. Así que la soltó, pero bueno, por lo menos se vengaría con unas palabras:

— ¿No sabía que estaba contigo?, está bien; llévatela, pero deberías enseñarle algunos modales.

Max lanzó un bufido, al tiempo que agarraba a Clarisse por el brazo, y la obligaba a subir con él a su moto.

—Y tú te vienes conmigo; ¡Y no quiero que digas una sola palabra! — la regañó para rematar.

Clarisse, que estaba más asustada que una hoja temblorosa, obedeció y subió a la motocicleta del recién llegado, lo más rápido que sus pequeños pies se lo permitieron. Así que no pudo oír lo que el moreno fue a murmurarle al oído a Fernando.

—Que te quede claro de una vez, que esa chica esta fuera de tu alcance.

El joven de ojos negros, sencillamente se limitó a reír, cruzando los brazos, mientras veía a esos dos marcharse a máxima velocidad. Solo se limitó a comentar al grupo que se había congregado detrás de ellos, luego de oírse los gritos de Clarisse.

— ¿Quién lo diría?, jamás pensé que alguna vez vería a ese idiota convertido en un celoso —masculló con una risilla. Es que él conocía a Max, y sabía que algo se guardaba ese muchacho. Algo que no tardaría en estallar.

Acto 2

Cuando Clarisse quiso darse cuenta, ya estaban muy lejos de la zona de las picadas de motos, tanto que la joven, apenas y reconocía el lugar.

Era la zona iluminada de la Costanera de Asunción. Bueno, ella, hasta ahora nunca había venido exactamente hasta este lugar, por eso no lo reconocía. Quizá por ser un jueves muerto es que no había nadie. El sitio estaba desierto, y la brisa nocturna con sus ligeros chillidos era lo único que se oía.

Max no la había traído a su casa y es más bajó del triciclo sin decir una palabra acercándose a uno de los barandales del caminero de la Costanera, y la chica se asustó porque lo notaba como que estaba conteniendo su rabia, aunque estaba de espaldas, podía notarse claramente que apretaba sus puños.

Finalmente ella decidió bajar cuidadosamente de la motocicleta y acercarse al chico.

— ¿Pasa algo, Max? —se atrevió finalmente a preguntar la chica, dando pasos lentos hacia él. Fue ahí que finalmente Max estalló.

— ¿Es que te has vuelto más loca de lo que ya eres? ¿Cómo te atreviste a venir a una picada como la de esta noche, no sabes lo peligroso que pueden llegar a ser? ¿Y cómo es eso que viniste a las primeras que el imbécil de Fernando te lo dijo? —con una mirada atemorizante en sus ojos zafiros que casi hace que Clarisse cayera de espaldas.

—Lo que ocurre es que...— quiso decir la joven

— ¡Eres patética! ¿Es que no sabes lo que Fernando pretendía?

—No, juro que no. Yo vine aquí, porque él me dijo que tú estarías —respondió la joven, tragando saliva, aunque extrañada del exabrupto del

chico

Luego de unos segundos, Max pareció sacudirse la rabia y fue a sentarse en una de las barandas del enorme puente. Lucía más calmado. Aunque con esto se evidenciaba que tenía serios manejos de control de ira.

Pero es que sencillamente había estallado. Él sabía cómo eran esos lugares por ser un habitué, es por ello que la idea de lo que pudiera ocurrirle a alguien tan inocente-*o tonta*-como su vecina, en verdad que lo enfermaba.

Clarisse cobró valor para acercarse.

—Como sea, te agradezco que hubieses venido. Tienes razón, no tengo experiencia en estas cosas, y la verdad yo pensaba que...— no alcanzó a terminar la frase, porque él la interrumpió. —No vuelvas a hacer algo tan estúpido como eso, ¿me oíste?, tú no eres como la basura que viene a estos lugares, tu eres diferente.

— ¿Cómo diferente?, ¿no luzco como para estar por allí? —preguntó ella, atinada más que nada por su baja autoestima y sintiéndose de forma automática en estado de alerta por ello.

—No se trata de eso, estúpida; lo que digo, es que allí solo va basura, no van señoritas como tú, que se preparan para cosas grandes en la vida, ¿me entiendes ahora, o necesitas un gráfico? —replicó el muchacho, en su típica pose grosera

— ¿De verdad, crees que me estoy preparando para algo grande?, ¿lo dices por mi viaje a Estados Unidos, ¿verdad? — se sorprendió de preguntar Clarisse, más que nada asombrada que él recordara eso.

—Obvio —mencionó el chico con su mismo dejo antipático, pero manteniendo sus brazos cruzados.

Aunque se tensó ligeramente cuando sintió que Clarisse vino a sentarse sobre la misma baranda a lado suyo. La muy tarada podía caerse, pero aun así venía y se subía al barandal.

—Pero tú también vienes seguido a ese lugar.... y yo no creo que tú seas

basura, es más, siempre me gustó como tocabas la guitarra, adoraba lo que hacías con eso, podrías hacer toda una carrera con ello ¿sabes?, o ya que tanto te gusta la velocidad, podrías hacer algo con las motocicletas, quizá ser corredor profesional o algo —empezó a decir, emocionada y casi sin darse cuenta.

Es que parecía si se le hubiese dado rienda suelta para hablar de él, ella no tenía problema en explayarse y sacar a flote muchos de los recuerdos que tenía de él.

—No toco la guitarra desde el primer curso —replicó el moreno, muy extrañado de que alguien recordase esa faceta de su vida.

A decir verdad, pensaba que nadie podía recordarse de ese viejo hobby suyo. Clarisse se sonrojó, era obvio que ella si lo sabía. Siempre estuvo atraída hacia él.

Max había sido la referencia de gusto personal que tendría siempre en materia de hombres. ¿Cómo no saberlo?, pero, en fin, él no lo sabía.

—Yo iré a Estados Unidos y mi abuela siempre me ha dicho que debo usar este talento que tengo para ayudar a las personas, y quiero hacerlo. Aunque me duela mucho dejar Paraguay mucho más de lo que me pesó dejar Argentina, pero sé que es algo que debo hacer —volvió a decir la joven de manera resolutiva y más seria.

Max la miró, y por un instante tuvo la curiosidad de preguntarle porque había dejado Buenos Aires casi al final del semestre del colegio, pero se abstuvo de preguntárselo. No era el momento. Pero si percibió los ojos de la chica llenos de emoción. Esa joven tenía proyectos y sueños y los cumpliría.

Había nacido para ellos. En cambio, él... no tenía nada. Todos sus potenciales talentos arrojados a la basura. Cuan diferentes eran, pero aun así Max no pudo evitar sentirse tan cómodo con la presencia de la joven, que con su vitalidad y sus sueños a flor de piel le producían mucha calma... aunque también una ligera ansiedad ya que el término de las clases y la ida de ella a otro país eran más que inminentes.

Se sentía un poco estúpido con esto, pero era lo que sentía. Pasaron el

resto de la noche, callados, sentados en el barandal de la costanera, uno a lado del otro en un bonito silencio. Solo cuando Max creyó ver que la luna se ponía muy oscura y al tiempo nublarse de nuevo, es que se apresuró a alzarla y llevarla de vuelta a casa.

—Gracias, has sido muy amable conmigo hoy. Prometo no volver aceptar invitaciones de gente que no conozca bien — dijo Clarisse al tiempo que buscaba sus llaves del bolso, ante la mirada del chico montado en su moto, cuya mirada se veía oculta bajo el flequillo.

—Y además se ha puesto a llover...— agregó Clarisse al tiempo que hallaba sus llaves con una sonrisa, pero cuando iba a encastrar su llave al portón de la casa, una mano se posó sobre su hombro y lo que pasó a continuación, ni Clarisse pudo entenderlo, ya que de pronto, cuando se volteó, vio a Max que prácticamente se arrojó a ella, acorralándola sobre la muralla, buscando sus labios, que, si bien la tomaron por sorpresa, ella un dudó en corresponder.

Después de todo, ¿Qué más daba el motivo?, su sueño de niña se daba realidad repentinamente. Y con esto se hacía justicia a la famosa frase de que donde sobran las palabras, solo había una cosa que hacer. Besarse.

Y Clarisse se entregó al beso, a esos labios que delineaban los suyos de forma suave pero contundente, con ganas inmensas de memorizar su tacto y su calor, cerrando sus ojos para disfrutarlo, y literalmente se quedó con la boca abierta y los ojos cerrados cuando Max cortó el beso y se marchó hacia su moto, para entrar a su propia casa.

Clarisse quedó allí, bajo la llovizna, con los ojos temblorosos aún... incrédula. Max, el chico que le gustaba desde que tenía memoria ¿la acababa de besar? Quizá debía pellizcarse los cachetes y asegurarse que esto no fuera

un sueño.

Cuando el moreno se encontró solo en su casa, al entrar en su habitación, se quedó semi estático. ¿Por qué había hecho eso con Clarisse?

Él tenía la ligera sospecha y eso si se admitía, que la joven, quizá albergara algún tipo de sentimiento por él, y eso lo había descubierto en estos días, donde crearon tanta cercanía por culpa de aquella maldita lluvia del otro día.

Su mente se agolpó de diferentes recuerdos recolectados en varios momentos de su vida, en las temporadas que ella venía a visitar a su abuela Casartelli. Como solía reírse de sus rodetes tontos, que ahora ya no usaba. O del mote de la “*argentinita*”.

Es como si de repente se diera cuenta que las cosas habían empezado entre él y ella mucho antes de lo que la lógica dictaba.

Sus recuerdos suprimidos y maltrechos luego de años de pena personal por la muerte de su madre, parecieron volver esa noche. Se llevó unos dedos a sus labios, los que habían besado a aquella chica, producto de un impulso que no pudo detener.

Pero extrañamente, creía que no debía acercarse mucho a Clarisse. Ella tenía algo así como un "ángel", pero luego volvió a tocar sus labios y se sintió raro, el toque dulce de la boca de Clarisse le había hecho sentir tan bien, algo así, como después de tanto, estuviere regresando a casa.

Dormiría un poco, ya mañana vería lo que pasaría, pero de alguna manera no deseaba renunciar al gusto que le dio besar esos labios. Y no lo haría.

Clarisse estaba peor que Max. Apenas y pudo pegar un ojo, ante aquel imprevisible e imprevisto beso. No podía pensar. No podía hacer nada. Se sacó el vestido lila de Valentino con mucha dificultad, porque no se sentía con capacidad de hacer ni la mínima cosa racional.

Incluso tropezó unas cuantas veces antes de quitarse finalmente los zapatos. Cuando finalmente pudo sentarse sobre la cama, sin sentirse en extremo tonta, se llevó ella también sus dedos a sus labios. Los mismos que él había besado.

Clarisse no era precisamente una experta, pero ese beso se sintió tan diferente, tan único. En sus 17 años de vida, no recordaba haber sido besada de esa forma. Esa noche, en lo poco que durmió solo soñó como nunca antes lo había hecho. Con la sensación real de los labios de Max sobre los suyos.

Al día siguiente, el día no comenzó como siempre para Clarisse, tenía miedo hasta para salir afuera. Pensaba no ir al colegio, ya luego le pediría los apuntes a alguien, y se quedaría a estudiar todo el día. También faltaría a las clases de inglés, luego vería de recuperarlas. Su abuela había salido a unas compras muy temprano.

Habló algo acerca de una exposición de jarrones antiguos que iba a presentar una vieja amiga y quería estar por el lugar desde temprano, después de ir a comprar algunas cosas que necesitaba. Afortunadamente para Clarisse, de lo contrario, su abuela le haría muchas preguntas de porque no pensaba ir al colegio.

Estaba en eso, desayunando sus cereales con frutas, cuando sintió un toque del timbre en la puerta, y Clarisse aún con su pijama fue a ver. La mucama estaba lavando trastos, y Clarisse no era del tipo de chica que molestara al personal doméstico con este tipo de minucias.

Casi se muere del susto cuando ve a Max, totalmente uniformado para el colegio.

— ¿Y no me digas que hoy estas de vaga? ¿Por qué no estas lista para el colegio? ¡Vamos, ya prepárate de una vez, que te llevaré! —mirándola aprehensivamente con sus ojos azules

Clarisse tardó unos segundos en procesar lo que oía, parpadeando confusa.

—Clarisse, por dios... ¿también ahora estas sorda? —volvió a insistir el chico. La chica tragó saliva y asintió con la cabeza.

En menos de cinco minutos ya estaba bajando de las escaleras con su uniforme, y su mochila y claro, su mirada sorprendida para esta situación, que como la de ayer, no tenía explicación. Max la esperaba apoyado a la pared de la entrada con sus brazos cruzados, y abrió sus ojos al verla llegar, y solo sonrió.

—Ven —solo dijo al tiempo que le tomaba una mano para guiarla hacia la motocicleta que estaba afuera, y ella sencillamente se dejó llevar.

Incluso se pellizcó otra vez, para ver si esto no era otro sueño.

En efecto, Max la llevó al colegio, llegaron tarde, pero antes de entrar a clases, el chico hizo algo que tomó de sorpresa a Clarisse: la besó ligeramente en los labios. La joven estuvo literalmente en la luna en el transcurso de toda su clase, no habían mediado palabras, sencillamente estaba pasando, y ella no terminaba de entender, aunque estaba segura que

alguna respuesta debía tener. Y ella moría por ella. No tuvo que esperar mucho. Max, al final de las clases, vino apareciendo a la salida de su salón, volvió a tomarla de un brazo y prácticamente la llevó a seguirlo en la motocicleta, hizo que envolviera sus brazos por su cintura, le puso un casco y la llevó de allí a buena velocidad sobre su preciada *Harley Davidson*.

Pero el chico no la llevó a casa, al barrio Carmelitas, sino que enfiló camino hacia el centro. Clarisse tragó saliva, pero agarró viaje. ¿Qué más

podría importar donde la estuviera llevando? Max nunca le haría daño.

Cerró sus ojos mientras recostaba su cabeza sobre la espalda del joven, soñando despierta. No necesitaba abrir sus ojos, no quería hacerlo. Así se sentía más real y tangible. Max la había traído de nuevo, a lo que parecía su lugar favorito. La costanera de Asunción.

Llevaban unos minutos allí, Max, parado cerca del barandal, donde se habían estacionado la moto, pero cerca del resguardo de un toldo, porque estaban en pleno mediodía, y en tanto Clarisse estaba recostada en uno, aunque temblorosa.

El moreno llevaba las manos en el bolsillo, sus ojos azules parecían tranquilos y sin emoción alguna que los delatará.

—Me gustas, Clarisse —soltó de solapo el chico, haciendo que ella casi saltara de un respingo

— ¿¡ Yo te gusto!?

—No te besé porque me causarás asco, pensé que entenderías eso —añadió al tiempo que se acercaba, haciendo que Clarisse se pusiera de un color rojo que rivalizaría con el mismo tomate—. Mira, no soy bueno haciendo estas cosas, pero quiero que quede claro algo. Quiero tener algo contigo. Y de eso, estoy más que seguro. Me gustas y sé que yo también te gusto, y eso no me niegues, no soy tonto, tus gestos y las miradas que me dabas desde antes, te delatan. Como sea.... Clarisse, se acabó el jueguito. Quiero tener algo contigo. ¿Me has entendido?

Si Clarisse hubiese estado hecha de algo más que huesos y carne, se hubiera derretido. No era el tipo de declaración con el que hubiese soñado de niña, pero era una, al fin y al cabo. Y una de sus sueños, del chico que le gustaba desde siempre.

— ¿Qué?, ¿no vas a besarme o algo? —enfiló el moreno mirándola fijo, y con su voz típica sardónica

Eso fue suficiente para que Clarisse perdiera el control, y se arrojara a los brazos de Max. Se había dado cuenta que ellos no necesitaban más palabras, ellos no eran como los demás.

—Te entiendo Max y créeme que mi único sueño es estar contigo; nunca podría dejarte... pasa que nunca creí que pudieras fijarte en mi — plantó Clarisse, dejando salir todo el sentimentalismo que tenía dentro.

—Quizá me gusta ser masoquista... pero sí, me he fijado en ti —mirándola desde su altura.

Ella tenía un precioso rostro en este momento, con sus ojos marrones brillando—. Está bien, ya estuvo bueno. Dame un beso y sellemos este trato.

Acto 3

Ese fue el primer beso de muchos que se dieron en el inicio de esto que no tenía nombre, pero al cual Clarisse y Max no pudieron resistirse.

Se besaban donde podían ahora. Cuando salían del colegio, daban largos paseos en motocicleta, y también él era el encargado de llevarla a sus clases de inglés. También solía cenar en casa de Clarisse, porque la señora Naomi era una mujer muy amable, y era imposible resistirse a sus invitaciones.

Si bien Max tuvo que moderar un poco sus contestaciones toscas, tenía que admitir que mucha paz se había apoderado de él. Lo que sí que había dejado de lado, eran las corridas de motos y las juergas. Su relación con Clarisse no picaba en nada con esa imagen de chico malo, aunque en el fondo siempre lo sería, pero por ella, estaba dispuesto a atemperarse un poco.

Disfrutaba su compañía y se relajaba mucho aun cuando iban en esos ridículos picnics con ella, y donde simplemente se recostaba en el suelo del parque en Plaza Italia con su cabeza entre las piernas de Clarisse mientras ésta le leía algo.

Su voz lo calmaba. Es como si el espíritu de la chica, tranquilo y tierno había atenuado a ese hombre impulsivo que vivía dentro de él. Sinceramente no solía entender de nada la literatura rosa que tanto amaba ella, pero le gustaba oír su voz. Probablemente ni se daría cuenta si solo le estuviera dictando la lista de compras para el supermercado.

Es como si el tigre se hubiera ablandado o domado. En tanto Clarisse vivía como en un sueño, había descuidado ligeramente algunas clases, porque vivía en la luna, y no dejaba de pensar en los labios del moreno sobre los suyos, como su corazón latía ante el simple toque de aquel muchacho, como los pelos de su nuca se le erizaban ante el mero tacto de la mano Max.

Tenía ganas de más, aunque no sabía bien de qué, pero no dejaba de pensar en su ¿novio? No tenían etiquetas por ahora y ella temía proponerle algo que lo hiciera huir, así que simplemente se dejaba llevar y disfrutar con

esto.

No precisaban más por el momento. Es como si estuviera descubriendo algo desconocido, mágico, nunca experimentado, con excepción de haberlos leído en algún libro o de haberlo intentado en con Robert.

Robert, ese maldito infame. Robert había sido un tema no conversado entre los dos, pero Clarisse fiel a su espíritu, se decía a si misma que era algo que debía abrir ante Max en algún momento. El archivo “*X-Files*”

Algo que la avergonzaba de sobremanera. El motivo más poderoso de todos lo que tenía, para salirse corriendo de Buenos Aires, aunque en el fondo agradecía haberlo hecho, porque en este lugar se sentía mucho más cómoda y calmada.

Y Max estaba cambiado, la positiva influencia de Clarisse en él se notaba mucho más, y no faltaba algún amigo que quiso al inicio hacer alguna broma al respecto, pero la feroz mirada de Max le había impedido al susodicho a querer hurgar más en el tema.

Había dejado atrás las correrías de picadas, pero no había abandonado las reuniones con su grupo de amigos.

Clarisse sabía que aquello era muy positivo para él, así que fue así que decidió abrirse ante el joven. Decidió contarle aquel secreto sobre Robert, un día en la cual sabía Max iba a estar más relajado y tranquilo, generalmente luego de venir de sus reuniones con los chicos de *Harley Davidson Paraguay*, donde venía de descargar tanta adrenalina.

Justo él acababa de llegar a casa de la muchacha y mientras hurgaba en la heladera, fue que Clarisse se le había acercado.

— ¿Podemos hablar de algo? Max enarcó una ceja extrañado.

— ¿Justo ahora?

— Si. Creo que debes saber algo — la voz seria de la muchacha, practicada por días se le notaba

Max cerró el refrigerador y se masajeó el puente de la nariz. Nunca le gustaron las charlas serias y no había tenido ninguna con Clarisse, de hecho, pensaba que ella debía estar excluida de toda esa cuestión.

Justamente por eso jamás le había preguntado los motivos que la habían orillado a mudarse a Paraguay cuando faltaban pocos meses para culminar el año escolar.

Sabía que era algún motivo denso, y había descubierto a Clarisse como alguien sensible y no sería él quien empezaría a torturarla con recuerdos que quizá la joven pretendía suprimir. Su intuición de motociclista le decía que lo que sea que Clarisse quería hablar en estos momentos tenía que ver con eso.

Así que sencillamente tomó su pote de jugo y fue a sentarse al sofá de la sala.

Sabía que la abuela de Clarisse no estaba, así que eso le daría menos coacción a la joven para hablar

La jovencita se sentó en el sofá unitario que estaba enfrente del de Max. Había perdido parte de la tranquilidad que se había auto resuelto tener ¿además quien la mandaba a contarle estas cosas a Max?, pero con la mala experiencia con Diana Rodríguez, había aprendido que siempre era mejor hablar con la verdad.

Él la vio mover sus manos de forma nerviosa, como buscando las palabras que quisiera decir.

— Ya. Que esto se pone peor que una mala película de suspenso ¿se puede saber que es tan importante que me digas? — Se impacientó Max.

Clarisse lo miró. Hay un momento en la vida de toda mujer, ya sea adolescente o adulta en la cual sale a relucir una faceta valiente. Pues bien, hoy no era ese momento. Ella levantó la mirada y sonrió.

— Solo quería preguntarte si te gustaría que probásemos el helado de sandía que venden en la avenida.

Karina era amiga de Clarisse desde siempre. La única de Paraguay que conservó durante todo este tiempo.

No era especialmente bonita, pero tenía el encanto que caracterizaba a las jóvenes asuncenas. Era un poco tosca, y directa. No por nada era jugadora de hándbol desde la escuela primaria, y aunque cuando su amiga argentina vino cayendo “importada” de Buenos Aires, se alegró bastante.

Ella era creyente que el lugar de la joven Durán era en un sitio libre de “gérmenes elitistas”, y aunque no compartían clase, porque Karina estaba en otro colegio, siempre que podían se juntaban.

Y además que Clarisse le encantaba curarla, ya que la joven jugadora de hándbol tenía un especial imán para las caídas.

Había sido Karina, en un chat nocturno, cuando Clarisse aún estaba en Buenos Aires, quien la había alentado que debería intentar probar una carrera más acorde a ella, a su inteligencia y sus ganas, como la Medicina.

Había sido ella quien había despertado la chispa dormida en Clarisse Durán. Así que podía decirse que Karina era la única amiga que la joven argentina había tenido, que tenía cierta dote de sentido común y que podía decirse que realmente se preocupaba por ella.

Así como también sentía tener, una especial autoridad moral por sobre ella. Justamente aunada en eso, es que había pedido reunirse con ella en su casa, cuando Clarisse regresaba de sus clases de inglés.

Había algo que a Karina le molestaba de sobremanera desde hace tiempo y tenía que decírselo. Estuvieron hablando un buen rato de trivialidades varias, y mientras Clarisse le contaba de las clases de inglés, quejándose de lo técnicas que se habían vuelto las clases, fue que Karina la interrumpió.

— ¿Cuándo hablaremos de lo verdaderamente interesante que te pasado desde que escapaste de Buenos Aires? — apretó Karina, con un brillo especial en su mirada, como quien tiene algo en la mira a punto de cazar.

Clarisse no era estúpida, y desde que había empezado este jugueteo sin nombre con Max, una de las reacciones que más temía era la de Karina.

La joven no respondió, pero bajó la cabeza.

— Clarisse, creo que tú misma te habrás dado cuenta que Max no te conviene, ¡por dios! ¿Qué estás jugando con ese hombre? — Karina decidió ir por la yugular. Clarisse se pudo visiblemente nerviosa y se levantó a caminar por la sala.

Su consciente interior de algún modo le daba la razón a Karina y ella lo sabía. Pero, aun así, prefería no hacerle caso.

— Max no es como todos creen — se limitó a decir en su defensa la inquirida

— Por supuesto que no. Seguro es peor — agregó Karina haciendo una mueca irónica

Clarisse no volvió a responder. Entonces Karina se levantó junto a ella y posó una mano en el hombro de la joven que estaba de espaldas a ella.

— No quiero que vuelvas a pasar lo mismo. Ese Robert se burló de ti.

Hasta ahora me trago las ganas de ir sólo hasta allá y romperle la nariz. No me convencerás que Max es diferente, porque no lo creo — añadió más calmada Karina

Clarisse, quien había tenido el impulso primigenio de hacerle frente, al ver el gesto dulce y de verdadera preocupación de Karina, dulcificó un poco más su posición.

No podía sermonear a alguien que la quería sinceramente. Así que se volteó y tomó la mano de su amiga.

— Te juro que no es lo mismo. Lo que pudo haber pasado con Robert no se compara con lo que tengo con Max. A él lo conozco desde siempre, bueno, de forma casi intermitente, pero siempre estuvo ahí, en cambio Robert ha sido y será la equivocación más grande de mi vida.

Karina habría querido abofetearla o algo; sus impulsos más primarios la llamaban a aquello, pero también era una jovencita honorable.

Clarisse era demasiado delicada para eso. Aunque mentalmente se juró que ella sí haría lo que estuviera a su alcance para librarla de Max. Ese granuja era demasiado poco para ella.

Quizá podría quedarse callada, por ahora, para no hacer lloriquear a Clarisse, pero ya vería de poner las cosas en su lugar en cuanto tuviera oportunidad

— ¿Me puedes explicar que es lugar y porque vinimos aquí? — mosqueó Max viendo la quinta donde Clarisse lo había traído. Mejor dicho, el chofer de su abuela.

De alguna manera había convencido al joven de venir a pasar una tarde de sábado, en lo que le permitían sus estudios a venir hasta una quinta que Naomi Casartelli tenía a unos 40 km de la Capital, de su esplendoroso Barrio Carmelitas. Bueno, no solo habían venido en plan placentero, sino también para vigilar un poco el sitio, y verificar que todo estuviera en orden y el chofer de Naomi tenía órdenes de esperarlos hasta la última hora de la tarde para regresarlos a Asunción.

— No seas así, Max, es la quinta de la abuela — sonrió la muchacha con los ojos brillantes.

Hace años no venía a este sitio y le había traído recuerdos muy nostálgicos, entrando al inmenso patio luego de que un empleado le abriera el portón que conducía a la casa señorial.

Max no era amante del campo. No le gustaba, pero por Clarisse, había decidido hacer el sacrificio de venir y acompañarla en su aventura.

— Las estupideces que hace uno por una chica — pensaba el muchacho, viendo a la joven sonreír fácilmente ante la visión del lugar que a él le resultaba tan indiferente. Acabó de calmar sus pensamientos cuando ella vino y le tomó una mano, para adentrarlo a la casa. A veces se sentía un poco ridículo con todo esto y tanta muestra de afecto, pero justo por no poder resistirse a todo esto, es que estaba metido en esta relación con ella.

No estaba disgustado. Ella le gustaba más de lo nunca había creído. Con esa timidez tan extraña y esa introversión. Le gustaba, aunque a veces usare esos rodetes ridículos.

O porque tenía el porte olvidado de chica buena “y que no rompe un plato”. Quizá era su instinto de macho alfa, que lo llamaba a estar con mujeres que daban la impresión de que necesitaban ser protegidas.

No lo sabía con exactitud, pero ahí estaba. Pero tampoco podía negar que, junto a la necesidad de proteger a la joven, le tenía un deseo, claro, propio de

un muchacho rozagante y con las hormonas de alguien que entraba a la mayoría de edad y que culminaba el colegio.

Pero Max, intentaba como podía, reprimir esas ideas. Clarisse se le figuraba como muy pura e inocente como para imaginarla en esas poses.

Pero, aun así, esa tarde, mientras veían televisión en la sala de la quinta, fue que ocurrió. Y de nuevo Max no había podido evitarlo.

Había comenzado como un besito inocente, luego otro, y otro. Hasta que finalmente ese besito pasó a convertirse en algo más que una inocentada de niños. Más intenso, más pasional, más cálido. Estaban sentados uno al lado de otro en el sofá, y antes de que ella pudiera darse cuenta, él ya la había alzado por encima de sus piernas para que se sentara encima.

Max no pensaba y su instinto le rogaba que Clarisse estuviera en lo mismo. Quizá no estuvo equivocado al comienzo ya que Clarisse, como toda joven enamorada y sana, por supuesto que correspondía esas caricias, sólo que luego de sentir las manos cálidas del muchacho acariciando sus muslos, fue como que pareció entrar en razón y... sentimentalismos.

¿Cómo hacer esto con Max sin sentirse sucia?, ella ya había sido tocada antes por otro hombre, y obvio que Max lo descubriría.

¿Lo deseaba?, claro que deseaba al muchacho como nunca, pero las ideas adolescentes y ridículas que le inundaron la mente, de que quizá él terminaría decepcionado de encontrarse con un “objeto usado”, fue suficiente para que ella se soltase de su agarre y se levantase como pudiera del regazo del joven, quien quedó atónito ante su reacción. Y claro, frustrado también.

— No comiences un juego sin terminarlo — inquirió Max, sin levantarse y acomodándose la remera, sin disimular su enojo.

Aunque le tenía consideración, pero de todas formas quería una explicación. ¿Acaso ella necesitaba algún tipo de acción cursi para hacer algo tan normal, y tan propia de una pareja joven? Le puso aún más nervioso que Clarisse, que le daba la espalda, no le estuviere contestando.

Pero justo cuando iba a levantarse y quizá iniciar una discusión, ella habló: — Nunca te dije porque me vine a Paraguay — mencionó Clarisse de repente, y con los ojos algo cristalizados, mirando sin ver, por la ventana

Eso congeló a Max en su sitio. No se esperaba tener en aquellos momentos, uno de esos instantes emocionales que tanto detestaba porque lo incomodaban.

— ¿Qué quieres decir? — fue lo que atinó a preguntar él

Ella se voltea y puede ver por los ojos castaños de Clarisse, que lo que sea que iba a contar, era mejor cerrar el pico y oír la cantaleta completa.

Era algo duro para ella. Aunque el lado irónico de Max pensase en sus adentros qué diablos podría ser tan duro para una joven acomodada, que se codeaba con la cremé adolescente de Buenos Aires. Pero, en fin.

— Traicioné la confianza de una amiga. Yo me había enterado que ella estaba siendo engañada por su novio; y no se lo conté. No tengo idea porque no fui capaz de abrirle los ojos a mi amiga — confesó Clarisse, recordando aquel suceso —. Ella era y es como la abeja reina de ese lugar; obvio que, al retirarme el saludo, yo quedé marginada de la sociedad donde me desenvolvía. Muchos amigos me dieron la espalda. Siempre me tuvieron por estúpida, y solo el respaldo de esta amiga me salvaba.

Max se hacía un bollo en la mente. ¿Que tenía que ver una ex egocéntrica amiga de Clarisse con su imposibilidad de tener relaciones sexuales en este momento?

— Eso no fue todo — agregó la joven, caminando unos pasos hacia él —. Cuando estaba allá, conocí a un chico, de los que andaba por nuestros círculos. Un universitario y jugador de polo. Un chico perfecto, a cualquier ojo; Robert Grassi.

Max se removió en su asiento. Ya no le gustaba como iba la mano. Y ya iba fijando ese nombre en su mente.

— Creí en sus cuentos de chico bueno.... y como buena estúpida, caí en sus redes — Clarisse iba a completar la frase, pero Max se levantó de repente y la abrazó. No necesitaba ni quería oír más. Ya se imaginaba lo que había pasado.

Clarisse se echó a llorar en los brazos del muchacho.

— Me sentí muy avergonzada de haber sido una ingenua... y ahora me mata imaginar el concepto que tendrás de mí. Apenas tengo 17 años y ya me he metido en este tipo de juegos. Como decía mi ex amiga Mara, lo mínimo que seguro estarás pensando es que soy una especie de zorra — logró decir la joven, en medio de su sollozo

Clarisse se equivocaba. Eso no era lo que Max estaba pensando, pero de todas formas decidió callar lo que pensaba, y prefirió consolarla.

— No soy como esos idiotas de esas novelas rosadas que lees. A mí no me importan esas cosas. Sigues siendo Clarisse, y eso es lo único que me interesa — mirándola, y limpiándole con un dedo algunas de las lágrimas escurridas —. Y ahora sí, ya cállate, que pareces la chilindrina cuando lloras.

Ella tragó el último sollozo al oír aquello. Karina no tenía razón sobre Max. Cada vez iba descubriendo más cosas suyas que sorprendería a cualquiera. La faceta del comprensivo. Esa nunca había imaginado que formara parte del repertorio de Max Ibarra. Lo amó aún más por eso.

Esa tarde regresaron a Asunción, en silencio, mientras el chofer de la abuela de ella conducía, pero a Clarisse no le importó. Después de todo, nunca habían sido de muchas palabras y ella sentía que se había sacado un peso de encima, confesándole eso a Max.

Acto 4

— ¿Porque hace como tres días que no vemos a nuestro vecinito? — preguntó la buena señora Naomi mientras tomaba su eterna taza de café cortado.

Había traído medialunas de la confitería porque esa tarde también merendaban Clarisse y Karina; y Naomi tampoco quería torturarlas con galletitas integrales.

Por eso había disparado aquella pregunta. Lo cual también era cierta. Max Ibarra no era visto hace más de dos días en el barrio.

La abuela lo había notado ahora, pero obvio que la primera en percibirlo fue Clarisse. Si bien era cierto, que ella estaba muy ocupada con sus clases, habría que ser idiota para no darse cuenta de la falta del joven.

No había respondido varios mensajes que parecían no llegarle a su sistema de mensajería. Lo último que le había dicho a la chica, es que iba a estar ocupado un par de días, ¿pero tanto como para no tener tiempo de responder un par de mensajes?, así que el primer día lo entendió, el segundo ya le pareció raro y al tercero, sumado al comentario de su abuela y la mirada reprobatoria de Karina, ya se había alarmado.

— Él dijo que no iba a estar en la ciudad — respondió Clarisse, intentando sonar convincente y que no notaran que también a ella la azotaba la duda. No quería que nadie la viera titubear por este asunto. Ya bastante tenía con el hecho de que era juzgada por salir con un chico de reputación bastante mala.

Agradecía que su abuela no se encontrare entre esas personas, porque Naomi siempre había sido liberal en ese aspecto. Pero no quería ni pensar en lo que dirían sus padres en Argentina. Obvio que no les iba a gustar.

La mirada de Karina la taladró apenas alzó la cabeza. Era más que obvio, que su amiga, detestaba al muchacho y no perdía ocasión en demostrarlo

cuanto pudiese.

La abuela notó la tensión, así que de inmediato cambió la conversación. Si hubiera sabido que las cosas iban a salir así, probablemente no hubiera siquiera mencionado a aquel pequeño bribón de Max, aunque Naomi también se preguntaba qué es lo que podía haber pasado.

Estaba algo aterrada, pero había sido una decisión que había tomado en cuanto había visto el elegante auto gris de Eduardo Ibarra entrar a la casa de Max.

Clarisse nunca había estado sola o cara a cara con aquel hombre, que, de alguna manera u otra, tenía una mirada que asustaba un poco.

Pero Clarisse sabía que lo único que podía hacer ahora, porque precisaba una respuesta, era preguntarle al padre de Max acerca de su paradero.

Después de todo, era su progenitor y quien debería saber más que nadie en que andaba metido el muchacho. Por eso la joven había reunido todo el valor que tenía, respirado profundo y emprendido camino a casa de los Ibarra. Cuando tocó el timbre, no le abrió la mucama, sino que el mismísimo Eduardo Ibarra con su pelo engominado y brillante, aun portando su traje ejecutivo que llevaba al bufete donde fungía como abogado principal, fue quien se había levantado a abrirle.

Quizá luego de verla por sus cámaras de seguridad, pero eso ya no podría saberlo.

— Buenas noches, señor Ibarra — insertó la joven con todo el valor que le quedaba

— Buenas noches, señorita Durán — respondió el hombre con una voz mucho más amable de que Clarisse hubiera imaginado —. ¿En qué te puedo ayudar?

Clarisse bajó su mirada, y miraba nerviosamente sus manos. Parecía estar pensando en lo que iba a decir. Menos mal, el señor Eduardo corrió a rescatarla.

— Mientras piensas en decírmelo, mejor pasa — la invitó Clarisse se alivió ante aquello y entró por detrás de Eduardo. No es que no conociera la casa, porque ya había estado en este sitio antes, pero nunca, cuando el dueño de casa estaba presente. El hombre pareció acercarse al minibar que tenía en la sala.

— ¿Quieres beber algo? — preguntó el hombre

Clarisse lo miró semi escandalizada. Y su rostro inocente pareció finalmente ser percibido por Eduardo.

— Disculpa. Ocurre que los malos modos de mi hijo a veces me hacen creer que todos los adolescentes beben.

Clarisse sonrió. Aquella frase fue como una ligera rotura de hielo e infundidora de valor para ella.

— Señor Ibarra, disculpe la hora. Sé que acaba de venir del trabajo, pero necesito... yo quiero saber algo sobre Max, hace tres días que no tengo certeza alguna acerca de su paradero y — lo que sea que la preocupada Clarisse iba a decirle fue bruscamente interrumpido por el hombre que bebía su vaso de whisky desde el minibar.

— No sé dónde rayos se fue, pero de que salió de país, lo hizo. Porque me llamaron de la aerolínea a avisarme que habían excedido mi línea de tarjeta de crédito. Una tarjeta que yo no le presté, así que saca tus conclusiones, muchacha.

Clarisse se quedó de una pieza. Esperaba oír cualquier cosa, pero no

esto. ¿Max había viajado sin avisarle?, y de hecho también le daba un poco de escalofríos la aparente calma y frialdad con la que veía a Eduardo Ibarra manejar aquella información.

Era su único hijo. Se supone el único recuerdo de la mujer que tanto había querido este hombre. Y también era el chico que Clarisse quería.

Su turbación fue percibida por el padre de Max, quien agregó de inmediato: — No deberías preocuparte por él. Sabe arreglárselas sólo.

Al final, la jovencita, agradeció como pudo al señor Ibarra y salió huyendo del lugar. Mil cosas inconvenientes le taladraban la mente, ¿y si Max era en serio todo lo que Karina decía que era? ¿Marcharse sin avisarle nada y además a otro país? ¿Es que a ese mocoso no le importaba en lo más mínimo lo que ella pudiera desear o querer? ¡Maldito presumido! ¿Por qué todos los hombres se portaban así con ella?

Primero la enamoraban, la ilusionaban, pero jamás se quedaban con ella. ¿Es que nunca iba a aprender? ¿Lo de Robert no había sido suficiente lección? Al parecer no.

Era el quinto día sin noticias de Max. Y Clarisse ya estaba entre enfadada y preocupada. Aunque la delgada línea que separaba ambas emociones ya era imposible de definir a estas alturas.

Por otro lado, estaba asustada, por la pasmosa calma con la que veía al

señor Eduardo Ibarra salir de su casa, a bordo de su automóvil e ir a su oficina a trabajar como si nada estuviere pasando.

Aunque fuere lo que estuviere ocurriendo, algo que la joven tenía bien en claro es que no podía dejar sus clases normales del colegio y mucho menos las intensivas de inglés, así que, aunque no tuviese muchos ánimos, iba a por ellas.

Aunque no era capaz de concentrarse. Esa tarde, luego de terminar una aburrida clase de inglés técnico, tomó su mochila, los cargó con sus libros, y salió del aula. Le daba una sensación extraña de nostalgia y rabia.

Era el quinto seguido que Max no vendría por ella, desde que hubieren comenzado lo que sea que tenían, y el muy desgraciado la había mal acostumbrado.

Desaparecido en acción. Pero ni muerto ni enfermo, de eso estaba segura, porque el señor Ibarra había sido claro en mencionar lo del viaje al exterior.

Por eso cuando levantó la mirada, se quedó casi estática al ver algo que sencillamente no se esperaba, porque se suponía que no debía estar ahí. Ella ya se había hecho la conjetura de que no. Pero, sin embargo, allí estaba.

Max Ibarra, recostado en su motocicleta, con sus brazos cruzados, como si estuviera esperándola, como antes. El impulso primigenio de Clarisse

hubiera sido la de ir junto a aquel imbécil y darle un puñetazo, y luego quizá abrazarlo. O matarlo.

Pero siguiendo fielmente el carácter cobarde de Clarisse, su exagerada cavilación y todo el cliché imaginable que pueda llevar a un horrible malentendido, pues lo primero que hizo, fue girar sobre sus talones y salir corriendo de allí.

— ¡Clarisse, espera! — llamó él, pero ella no se devolvió a mirarlo. Y quizá también el cielo se confabulaba contra Clarisse, porque para hacer más dramático el asunto, se puso a llover, no de manera intensa, pero si lo suficiente para mojar de forma inesperada a los protagonistas de la peculiar escena que se suscitaba por enfrente del instituto de idiomas.

Max había salido tras ella, dejando la motocicleta en la vereda, y llamándola por su nombre, pero ella no giró. No tuvo que pasar mucho tiempo, para que el característico mal genio y actitud del muchacho saliera a flote. ¿Qué se creía esta tonta como para no quedarse a oír lo que él tenía que decirle?

— ¿¡Quieres hacer el favor de calmarte!?! Nos estamos mojando por tu culpa — gritó Max, ya henchido de la ya conocida ira.

Odiaba cuando Clarisse se portaba como una niña. Aunque en el fondo no estaba seguro si ese detalle era lo que en realidad lo enamoraba de ella.

Finalmente la alcanzó, porque la lluvia no ayudó en la huida a la muchacha que tuvo que quedarse al ser tomada por un brazo, pero, aunque estuviere sujeta, no giró para verlo. No quería que él viera su cara roja.

No se sentía capaz de enfrentarlo. Era la primera pelea más o menos seria que tenían desde que habían comenzado su peculiar relación.

Max ajustó su agarre y la arrastró para ponerse bajo techo en una de las paradas de transporte público para guarecerse. De lo que si estaba seguro era del tremendo resfriado que iban a coger.

— ¡Suficiente, Clarisse!, mírame de una vez — ordenó él, no importándole que cerca hubiere otras personas que también habían corrido bajo el techo de aquella parada de ómnibus por causa de la repentina lluvia.

Ella tenía la boca apretada, el ceño fruncido y las mejillas arreboladas; mojadas por lágrimas propias y la lluvia odiosa, pero aun así giró lentamente la cabeza.

Lo primero que vio fueron los ojos azules oscuros centelleantes de Max Ibarra, pero enseguida su atención se vio traspasada por un objeto que él había puesto frente a sus ojos con la mano libre que tenía.

— ¿Reconoces esto? — preguntó él.

La joven abrió mucho sus ojos ante la sorpresa de aquella revelación. ¿Cómo no reconocer aquel anillo de oro enorme con las insignias orgullosas

de un club universitario? Si lo había visto tantas veces. Y adorado tanto en su momento. No sería capaz de olvidar aquel estúpido objeto por mucho tiempo, aunque quisiese. Ese anillo era del club universitario al que pertenecía Robert, de la exclusiva casa de altos estudios bonaerense donde iba el primer muchacho que literalmente le rompió el corazón y la autoestima. Era de él, porque ella lo había memorizado y, además, tenían las iniciales del joven universitario que la había engatusado en medio de apuestas, y seducido, arrebatándole la inocencia, para luego hacerla objeto de burlas malvadas, que finalmente, en medio de todo el desastre, precipitó su propio autoexilio a Paraguay.

Clarisse fijó sus ojos castaños y sorprendidos en los de Max. ¿Pero porque Max lo tenía?; parecían preguntar los ojos de Clarisse. No necesitó exteriorizar su pregunta, porque el joven le dio la respuesta.

— Es el trofeo de la caza que fui a hacer a Buenos Aires — anunció con triunfo y una sonrisa sardónica, y ante el desconcierto de ella añadió —. Es justo lo que crees. Fui a darle una paliza a ese imbécil, una que no olvidará, no sólo por las marcas que le dejé en su linda cara, sino por el buen susto que le di. Como trofeo, me traje esta baratija. Tómalo — mencionó pasándole el anillo a Clarisse quien lo tomó, aun incrédula —. A último momento se la pude sacar, aunque hubiera sido muy divertido cortarle el dedo para quitárselo.

La joven estaba casi paralizada. Max no la había abandonado sin más, sino que había desaparecido estos cinco días, porque había decidido viajar a Buenos Aires, rastrear a Robert de alguna manera y vengarla.

Claro, vengarla al puro estilo de Max Ibarra. Aunque eso no le quitaba lo patán que había sido por no avisarle y preocuparla de esa forma ¿pero que podía decir?, ése era el carácter del muchacho y nada de lo que ella hiciera podría cambiarlo.

Más de lo que ya había hecho. Su cuerpo ya no pudo resistirse y terminó arrojándose a los brazos fuertes de su vengador; ese salvador que había ido en busca de la cabeza del primer mal nacido que le rompió el corazón.

Pero, aun así, de la emoción no podía hablar. Estaba henchida de

felicidad. Nunca nadie había hecho algo así por ella. Él siguió abrazándola y sonriendo, con el gesto propio de un macho alfa que viene de lejos para proteger a su hembra y que ha alcanzado aquel umbral, con satisfacción.

No solo le había dado una buena golpiza a ese tal Robert, algo que tenía fraguado e ideado desde que Clarisse le hubiere confesado todo lo que le había pasado en Buenos Aires.

Una especie de obsesión le había tomado. Lo buscó por redes sociales, grupos de Facebook de la universidad donde vivía, y finalmente pudo dar con él. Milagros de la globalización, para dar pie a la rabia y el coraje que le produjo el saber el enorme daño causado en una muchacha tan inocente como Clarisse.

Recordaba con un gesto de alegría infernal, cuando se encontró con aquel sujeto en un parque de Buenos Aires, le preguntó su nombre y ante su asentimiento, se arrojó a darle las bofetadas que nunca olvidaría, y antes de irse había sido claro en mencionarle: — Nadie se mete con mi Clarisse. Si me entero que te vuelves a mofar de ella, ya no será una simple golpiza la que te dé.

Una amenaza clara y contundente. Tanto fue el miedo que le impartió al pobre y casi desfigurado de Robert Grassi, que éste ni los ocasionales testigos se animaron a radicar la denuncia contra aquel *“temible muchacho paraguayo con aspecto de miembro de una pandilla peligrosa”*

— Por eso te traje esta baratija. Puedes quemarlo a las brasas e imaginar que es a ese bastardo a quien estas incinerando — apuntó Max, sin dejar de acariciar el pelo de su dama, que se había ceñido fuertemente a su cintura.

¿Cómo no apretarla fuertemente entre sus brazos si la sentía tan delicada y tierna? ¿Y cómo ella podría negarse al placer de sentirse protegida por alguien que la cuidaba tan sinceramente?

Las lágrimas de pena de Clarisse ya hace varios segundos que se habían transformado en lágrimas de alegría. Ese extraño placer, que deviene cuando la venganza se ha servido en plato frío y de forma inesperada. ¡Ese maldito y

estúpido de Robert sí que la había pagado!

— ¿Sufrió? — preguntó ella, repentinamente, como primera palabra luego del descubrimiento. Quería saberlo. Lo necesitaba.

— Mucho. Y si por ahora lo ves ausente de las estúpidas redes sociales por largo tiempo, ya sabes que quizá su bonita cara... pues ahora ya no es tan bonita. Es más, si yo fuera él, no saldría de mi casa en al menos un año — respondió Max con los ojos brillantes de satisfacción.

Ella se separó un poco del abrazo para mirar esos ojos que la cautivaban, y cuyo dueño tanto había hecho por ella.

— Y lo has hecho por mi — murmuró, emocionada

— Por supuesto que lo hecho por ti ¿por quién más, pequeña boba? — contestó él, conmovido a su vez, aunque intentaba disimularlo.

Fue una bella tarde, de lluvia, y confesiones. Y probablemente el día más feliz de la vida de Clarisse hasta ese momento. Y aunque le costase admitirlo, también la de Max. Pero no todo podía color de rosa. ¿O sí?

Las clases habían llegado a su fin, a pesar de los descuidos, Clarisse pudo pasar los exámenes muy bien, y Max, pues bien, nunca podríamos estar seguros de que tipo de estrategia usó para pasar los exámenes, también pudo pasarlos, y todo hubiese estado bien tanto en la vida común que manejaban, donde no tenían exactamente claro a donde iban y por algún motivo tonto atribuible a dos adolescentes enamorados; ellos tampoco se hacían esa pregunta.

Aunque era claro que, en algún momento, debían hablarlo, aunque no sacaren el tema a colación: el viaje de Clarisse a Estados Unidos.

Él más que nadie sabía que ella se estaba preparando mucho; formándose lo mejor que podía para intentar ingresar a la prestigiosa universidad de California en San Francisco, donde existía una de las escuelas de medicina más prestigiosas del mundo y donde el abuelo paterno de Clarisse también

había estudiado un par de años antes de abandonar la carrera y mudarse a una carrera de Negocios.

Igual no dejaba de ser ridículo lo que estaban haciendo, ignorando una cuestión tan delicada y candente que sabían que les pisaba los talones. Y Clarisse no hablaba de ello, y quizá por un temor a la exposición, tampoco Max sacaba el tema.

Si alguien de afuera veía la situación era muy capaz de pensar que quizá Clarisse hubiere abandonado tan alta ambición y quizá embarcarse en alguna de nivel más local.

Quizá no fuera tan malo, pero tanto su abuela como los padres de Clarisse que estaban en Argentina tenían estandarizado y catalogado que la muchacha iba a viajar a los Estados Unidos, a cumplir el sueño antiguo de su abuelo fallecido.

Además, en ese momento, no había sido una imposición, sino una opción de tantas, que la propia joven había tomado.

Una que había decidido antes de embarcarse en esta extraña aventura con Max Ibarra.

Finalmente, casi tres días después del término de las clases, se presentó

en casa de Max una joven que él conocía muy bien, porque era ex compañera suya y amiga de Clarisse.

Karina, la jugadora de hándbol. La tarada que siempre se lastimaba y que parecía creer que Clarisse era su enfermera personal.

La que tenía cara de dolor de panza, con el ceño fruncido y enfurruñado; y que Max sospechaba que ni siquiera los caramelos más ricos podrían serlo al tacto de la lengua agria de esta peculiar joven.

Max se sorprendió de verla. Sabía que él no era santo de devoción de la muchacha. Una visita corta en el portón de la casa de los Ibarra, porque si bien el moreno había cambiado un poco, eso no significaba que iba a rendir cortesías a nadie, aunque sea amiga de Clarisse y mucho menos cuando notó la cara de pocos amigos de la deportista.

— Y miren a quien tenemos aquí ¿el club de pesas está cerrado o sólo pasabas por aquí a saludar? — ironizó Max al salir a su encuentro, claramente burlándose del atlético cuerpo de muchacha.

— Odioso desde la escuela. ¿Tú no cambias, ¿verdad?; siempre tan perjudicial y... ocioso — fue la dura respuesta de Karina, que no había venido a por juegos con Max.

Max enarcó una ceja y ya estaba inventándose una respuesta ingeniosa para darle a la chica, cuando fue bruscamente interrumpido por ella.

—Escúchame bien lo que voy a decirte, pedazo de bastardo. Aléjate de Clarisse. Ella tiene sueños y proyectos, no es como tú, que serás un vago sin rumbo siempre. Por tu causa, está a punto de perder el verdadero rumbo de lo que le conviene. ¡La muy estúpida está pensando en dejar atrás su viaje a Estados Unidos!, y lo hace por ti ¿Por qué quien más? Si de veras te gusta, déjala ir. ¡Es la única decisión sensata que ha tomado desde que volvió aquí!; no te atrevas a quitárselo.

Fue como un tempano de hielo que cayó, como si estuviera dándole a Max un golpe tan duro como insondable: la de la propia y cruel realidad.

El siempre ingenioso chico no pudo replicarle una sola palabra, pero estuvo más que claro que cada una de esas palabras se le clavaron en el corazón como daga. Le dolieron.

De alguna manera, esa forma egoísta de estar con Clarisse, le había quitado la sensación de pensar con claridad. Habían evadido mucho tiempo la sustantividad de lo que les rodeaba, enfrascándose en su realidad adolescente y olvidado sus propias obligaciones; bueno en realidad, las de ella, porque como decía Karina, él no tenía ninguna.

Quizá por eso no le pesaba ni le interesaba, pero no podía alegar ignorancia en cuanto a las expectativas que se habían formado alrededor de Clarisse. Justamente ese detalle, era uno de los que le habían llamado la atención de la joven.

Que no fuera como las demás.

Que, aunque hubiere estado en su momento, rodeada de idiotas y gente superficial, tuvo la capacidad de razonar y regresar a la sensatez. Bueno, hasta que inició su relación con él.

Pero esas palabras le picaron y mucho. Karina le siguió sermoneando unos minutos más, pero Max ya no la oía.

Cerró el portón de un sopetón y la dejó con la boca, literalmente abierta. Ya no quería ni necesitaba seguir oyendo lo que él ya sabía. Esa noche no durmió bien. Como si mil ideas y pensamientos reprimidos entre lo que era correcto y no, le asaltaban la mente.

Las palabras de Karina tenían un grado de certeza que ni él podía ignorar. ¿Quién demonios se creía Max Ibarra para intentar arrebatarse un camino bueno, a alguien tan genuino como Clarisse? Él no tenía sueños ni proyectos definidos, y tampoco tenía planes cercanos de pensar en alguno.

Siempre había cubierto y justificado su poco responsable accionar en que sus cabales no eran del todo completos; que había perdido a su madre en su época de mayor necesidad; que la relación con su padre era básica, para quienes viven bajo el mismo techo, a veces él mismo creía que este lo detestaba por la poca empatía que su progenitor le tenía.

Y mil justificativos ridículos más para ocultar su propia torpeza que lo llevaron al camino del pandillerismo y las malas compañías a tan corta edad.

¿Acaso ya era hora de hacer algo al respecto? De algo si estaba seguro, Clarisse lo valía.

La noche siguiente de la visita de Karina, la parejita había tenido planes de salir a un concierto al aire libre. Un plan que habían concretado, irónicamente minutos antes de la llegada de Karina a casa de Max.

Luego no habían vuelto a hablar, más porque la chica se había quedado a descansar en su casa, y él, no estaba en condiciones, luego de la “amenaza” de la jugadora de hándbol. Así que, al día siguiente, al no ver señales de Max, Clarisse no se alarmó, era natural en él quedarse dormido hasta tarde, y más bien se dedicó a ponerse bonita para el concierto. Buscó sus jeans azules, una solera blanca y se soltó el pelo negro.

Menos mal había perdido la costumbre del rodete, desde que hubiera descubierto que le asentaba mejor este estilo.

Además, que quería verse lo mejor posible para estar junto a Max en un lugar público y que él se viera orgulloso de ella. No podía dejar de pensar, que, desde tenía a este hombre para ella, las cosas le sabían mejor, se sentía con la autoestima más recuperada y había regresado su capacidad de sonreír.

Sentía que le debía mucho a Max. Y tenía que corresponderle.

Lo que Karina había expresado a Max en el portón de la casa de éste, no era del todo mentira. Clarisse, en serio, había estado trayendo folletos en secreto y preguntando datos a las universidades locales que tuvieran una escuela de medicina. Claro, sin decirle a nadie, lo había hecho a escondidas, incluso de su abuela; aunque no escapó del escrutinio de Karina, quien dura como se veía, quería lo mejor para ella.

En verdad, tenía que admitir que gran parte de la sensatez que había “readquirido” desde su vuelta de Buenos Aires; estaba a punto de perderse.

Pero a Clarisse no le importaba. Y de seguro en algún momento sus padres lo comprenderían.

De hecho, ya se había enterado que su madre había estado contactando con empresas de alquiler de departamentos en California, se sentía algo culpable por aquello, pero ella, como buena romántica se decantaba por lo novelesco, y que el amor implicaba sacrificios como el suyo. La recompensa sería grande después. O al menos, eso fue lo que determinó en su lógica adolescente.

Finalmente escuchó el timbre. Sonrió para sus adentros. La mucama ya le había hecho pasar, si era Max, porque estaba al tanto que él tenía “carta blanca” en la casa.

Así que bajó a toda prisa los escalones que la separaban de su héroe personal que seguro ya la estaba esperando abajo. Con esa sonrisa a flor de piel como sólo este muchacho de piel morena era capaz de arrancarle.

Por supuesto que se esperaba ver sus ojos añiles brillantes e intensos adornada con esa sonrisa vibrante y no carente de picardía

Y en efecto la persona que esperaba abajo, era él y justo cuando Clarisse venía acercándose con ganas de arrojarse a sus brazos antes de saludarlo, se encontró con la sorpresa de la mirada azul fría, y el ceño fruncido, idénticos o peores de aquellas épocas cuando “eran enemigos” o él parecía despreciarla.

Fue como un efecto inmediato que paró la marcha feliz de la joven, haciéndola paralizar en el acto ante el poder de la mirada de Max que era poco menos que un tempano de hielo, y acabó de confirmarlo cuando él habló, pero no con la voz típica y tranquila a la que ella se había acostumbrada en los últimos tiempos, sino con aquel estilo indiferente y displicente de antaño.

—No iremos a ningún lado, Clarisse. Se acabó la farsa. Me largo de tu vida. No te atrevas buscarme nunca; y espero que te vayas a Estados Unidos pronto. No me gustaría seguir viendo tu cara llorona por aquí. Esto no ha sido más que un juego y ya me he cansado.

Una media vuelta rápida y dramática, y un portazo dado por Max cuando

se marchaba a toda prisa, significaron el fin de un trato que se había sellado en algún momento con un inesperado beso bajo la lluvia.

Ni siquiera tuvo el valor de mirarla, sino que se valió de su altura para no ver los ojos de la chica, golpeados por el trinar seguro de un corazón roto; él no quería ni deseaba verla llorar.

Había viajado a otro país, para romperle la cara a un sujeto que la había hecho sufrir; y que ironía del destino, él estaba haciendo lo mismo ahora.

Un chico egocéntrico, que estaba haciendo por primera vez en su vida, un acto único de humildad, compasión y totalmente fuera de egoísmo.

¿Quién era él para arruinar el futuro prometedor de una chica?

Huyó lo más rápido que pudo de la escena del crimen.

Atrás quedó ella, muda, estática, con los ojos vidriosos, y la boca seca. Fue un balazo tan repentino, tan inesperado, que Clarisse no sentía nada ni veía nada, sólo la espalda de él cuando se borró del lugar fue lo último que sus sentidos pudieron percibir de forma coherente antes de perderse en el silencio total y la propia nada que le sugería su estupefacción.

De nuevo, la habían dejado. Como antaño Robert lo había hecho. Pero ahora la desolación y la sensación de laceración eran mucho más punzantes y desgarradores. Eso ya podía intuirlo.

Naomi nunca preguntó a su nieta, conforme pasaban los días, cual había sido el motivo que la había cambiado drásticamente y ya no era la niña alegre de las últimas semanas.

Pero intuyó que las “no venidas” de su vecino tenían mucho que ver, pero, aunque le doliese ver a su nieta así, ella tenía la firme idea de no intervenir en la vida privada de Clarisse, además que dentro de poco se iría a otro país y no deseaba fastidiarla con preguntas.

Quizá porque ella misma recordaba su adolescencia misma, como el tiempo propicio de las primeras roturas de corazón; su nieta no podría ser la excepción a la regla de la primera juventud, pero en su interior se tranquilizaba con saber con qué ella pronto se iría lejos, en un nuevo sitio, se rodearía de gente nueva, y con ello, lo que siempre pasa, en esta época tan complicada como intensa: el reseteo de los sentimientos efímeros propios de los amores juveniles.

Aunque igualmente la abuela, se prometió a sí misma, que un día le daría una buena tunda en la cara a ese guapetón de Max, por haber hecho llorar a su querida nieta.

Max no estaba mejor, casi dos semanas después de aquel luctuoso suceso,

aunque no negaba que había noches que pasaba viendo la ventana de Clarisse, y le dolía.... le dolía mucho, no solo por él mismo; sino pensar en el dolor que podría estar pasando ella.

Pero Max sabía que era lo correcto. Hasta incluso, para olvidar el asunto hasta se puso a trabajar como asistente, con su padre Eduardo en su estudio de abogados, sorprendiendo a éste, porque sabía que su hijo odiaba esa carrera, pero el moreno había sido claro diciendo que era para matar el tiempo, y Eduardo, aunque no podría decir que había sido un gran padre para su hijo, lo dejó hacer.

Pero Eduardo Ibarra no era ciego y como Naomi, también era sabio y conocedor de los asuntos de la vida.

Su hijo no era el mismo. Eduardo podría ser tachado de ser un padre indiferente y un hombre distante; luego de la muerte de Maité lo fue aún más, pero era su hijo y él, con sus ojos azules, idénticos a Max, que lo veían todo, creyó entender la causa del sufrimiento de su hijo.

También había notado que Max había vuelto a las escapadas nocturnas al cementerio, a la tumba de su madre a fumar como chimenea y beber como cosaco.

Hábitos que había sustituido por salidas y encuentros con la vecina, nieta de la Casartelli e hija de los Durán. Era hora de poner fin a todo esto, más cuando se enteró que faltaba apenas un día para la ida de Clarisse Durán a Estados Unidos, porque Naomi, la vecina se lo había dicho; quien había pasado por frente de su casa, como quien no quiere la cosa, y le había comentado aquello.

Que aún no comenzaban las clases pero que Clarisse igual ya había sacado billetes de ida. Y había preparado ya todas sus maletas. Prácticamente todas las que había traído cuando vino de Argentina. No había que ser tan astuto para darse cuenta que aquello había sido un mensaje.

— ¿De verdad este patético imbécil que está aquí es mi hijo? —exclamó Eduardo, entrando de lleno en la habitación de Max, sin tocar ni anunciarse, al ver al chico sentado en el suelo viendo la luz de la ventana con varias latas vacías de cerveza.

—Papá, no quiero hablar ¿quieres hacer el favor de largarte? —respondió el chico

—Solo vine a ver si de verdad te habías vuelto el despojo humano que me habían dicho. Con razón Clarisse Durán se va a Estados Unidos hoy, en menos de cuatro horas. Y me alegra por ello, así no verá al ser cobarde que te has vuelto, ¿corriste porque una niñita idiota marimacho que juega una porquería llamada hándbol te lo vino a decir? ¿Acaso no eres mi hijo? ¡Te desconozco! —gritó Eduardo, acercándose, provocando a su hijo; quien se levantó y tuvo el primer impulso de darle una bofetada a su padre, pero se detuvo.

—Vamos, solo eso te faltaba... golpear a tu padre. ¿Dónde está el maldito orgullo que te inculqué?, ¿no decías que esa mujer era tuya?, pues se nota, ahora mismo está camino al aeropuerto y me alegra. Un cobarde como tú no la merece —volvió Eduardo a provocarle ante la mirada furiosa e impávida de Max, cuyos puños temblaban de rabia pura.

Sus ojos comenzaron a intensificar su matiz, como llenándose de algún tipo de determinación alimentada por el sermón de su padre. Eduardo reconoció ese brillo, así que dio la vuelta como si nada, pero antes arrojó la llave de su auto en la mesita de noche de Max.

— Te dejo mis llaves para llegar más rápido, pero antes date una ducha. Apesta. No me avergüences —musitó Eduardo antes de salir del cuarto, con

una sonrisa, algo irónica y sardónica.
Idéntica a la de su hijo.

En definitiva, que no podía negarse que eran padre y vástago.

El moreno tragó saliva luego de verlo salir. Se masajeó en un gesto de inercia el puente de la nariz. Su padre tenía tanta razón. ¿Cómo podía ser tan estúpido como para dejarse asustar por alguien como ese marimacho de Karina?; ya luego ajustaría cuentas con esa estúpida.

Ahora tenía algo que hacer. Miró las llaves que su padre le había dejado. Quizá no podía cambiar el destino de Clarisse, pero no la dejaría irse con el corazón roto por su culpa. Y si, tenía que admitírselo.

Se estaba comportando como una niñita. Y eso no era propio de él, un digno hijo de Eduardo Ibarra.

Solo faltaban dos horas para que el avión de Clarisse, partiera, con ella dentro, a la tierra del sueño americano, donde vería su deseo de convertirse en doctora. El sueño que había creado con mucho esfuerzo para olvidar su pasado.

Se suponía que las cosas no debían darse así. Su mente había forjado otros planes; pero estas dos últimas semanas, su mundo se había echado a perder tal cual. Aunque ese había sido su anhelo desde que tenía uso de la razón, no podía evitar sentir una angustia en el alma, y no era precisamente por haberse despedido de su abuela, quien tuvo que irse “porque supuestamente la llamaron de urgencia”.

No le daba culpabilidad eso, ya que Naomi seguro la visitaría seguido,

muy de seguido, conociéndola.

Clarisse nunca pudo sospechar que la “supuesta llamada” no era otra que la del propio Eduardo Ibarra, quien al parecer le había avisado que su presencia en ese lugar sería inoportuna en medio de la despedida entre dos amantes, a punto de reconciliarse o de tener alguna pelea definitiva.

La juiciosa y moderna abuela, la coqueta Naomi Casartelli, había emprendido la huida entonces.

Entonces Clarisse Durán, estaba sola en el aeropuerto. Mas sola que un maní sin miel. Y con todo el tiempo del mundo para auto compadecerse de sí misma y pensar en sus errores besugos. ¿Porque no buscó ella a Max para aclarar las cosas?; ¿porque todo tenía que salir como en esas malas telenovelas, llenas de malentendidos?

Max rompió con ella de la forma más agria y horrible que pudiese pensar, rompiendo sus ilusiones.

No hubo mensajes de texto ni de WhatsApp. Se escudaba en eso, para justificar su propio infantilismo.

Después de todo, era una adolescente; no podía saberlo todo. Ni siquiera lo había podido ver en estas dos semanas, parecía como si el chico se estuviera estado escondiendo, o quizá solo haya vuelto a sus andadas, y Clarisse no quería saberlo, porque de solo pensarlo, su corazón le dolía, pero tenía la esperanza, de que apenas entrase a la universidad californiana, pudiese decolorar esos sentimientos que la ligaban a Max, olvidarlo; suprimirlo; desvanecer la imagen que tenía del muchacho moreno en su mente.

Recordaba con aprehensión, como en estos días, había realizado el ritual, de tomar un martillo de la alacena y hacer añicos el preciado anillo que Max le había quitado a golpes a Robert, aquel otro bastardo; pero que, al hacerlo, no sintió la satisfacción que esperaba.

Max, no estaba con ella. Y de alguna manera; aquella cosa de romper ese estúpido anillo, ya no tenía relevancia.

Tendría que pasar de todo esto, y allí siguió sentada en uno de los bancos

del aeropuerto. Con su boleto en mano porque sus valijas ya habían sido entregadas así que solo bastaba esperar el horario de salida. Su imagen era

como la representación de una triste escena de una película de los años 50, aguardando su destino en una estación de trenes; aunque claro; estábamos en una época diferente y la estación, era de aviones.

Pero reportaba la misma nostalgia. Hasta que de repente, pudo percibir una respiración agitada, como de alguien que venía, desde lejos, corriendo sin parar, sin aliento, y que, precisamente había parado frente a ella.

Ella no esperaba nada. Por eso, cuando por inercia, levantó su mirada, casi se petrifica. Era Max.

Clarisse pestañeó confusa, extrañada. Quizá su mente, cansada de tanta espera en aquel sitio horrendo le estaba jugando una broma pesada, pero aun así una fuerza poderosa la hizo levantarse.

Porque la ilusión seguía parada allí, hasta que unos detalles inolvidables le dieron cuenta de que no era un espejismo. Eran los ojos azules que tanto le gustaban, que la miraban, como entregándole un mensaje que las palabras no podrían decirle, como siempre había sido entre ellos.

Y aquí está el ejemplo, de que las decisiones sobre una relación, aun cuando esa persona te haya lastimado, no son lógicas, sino emocionales, porque en vez de hacer reproches o recriminaciones, Clarisse se arrojó a esos brazos fuertes que la acogieron como si ella fuera un tesoro invaluable, y ambos al mismo tiempo, buscaron sus labios, para unirlos en un nexo tantas veces postergado desde aquel rompimiento, en una conjunción desesperada, porque el chico prácticamente tuvo que cargarla porque ella se colgó a él, rodeándolo por el cuello, sin dejar de besarle jamás.

El resto del universo se borró para ellos; todos dejaron de existir, con excepción de ellos dos.

Ya nada importaba, excepto que al fin estaban juntos. Él había venido por ella.

Fue ahí que el deseo los hizo uno, de forma inconsecuente y disparatada; no necesitaban más permisos, y darían rienda suelta a lo que sentían y reprimían, pese a lo inadecuado del sitio, así que, Max se llevó a Clarisse, cargándola, rumbo hacia una puerta que parecía la conserjería de servicio.

No dudó un minuto y la metió allí. A Clarisse ya no le importaba que sus acciones no fueran las correctas ni adecuadas, para ella lo único correcto era estar con él en este momento.

Ya una vez, en ese pequeño recinto privado, Max la acorraló por la pared, al tiempo que Clarisse de forma instintiva lo rodeaba con sus piernas, y sus labios no dejaban de encontrarse y devorarse, pero cuando Max bajó sus labios a su cuello, Clarisse creyó sentir que un palpitar le subía por debajo del vientre.

Nunca supo cómo pasó, pero de repente, se encontraba con la falda levantada, sin camiseta, sin *brassiere* y sin bragas que Max se encargó de rasgar como si fueran de papel. Tal es la fuerza del deseo y las emociones. No era la forma correcta de una primera vez en una relación, pero ninguno de ellos podía esperar más, más aún cuando a ella le esperaba al rato, un viaje al otro lado del continente.

Fue así que, en esa posición, y sin esperar mucho, Max la hizo suya.

Si, hubo mucho dolor e incomodidad, pero luego del relajo, ambos se permitieron disfrutar.

Clarisse no podía creer lo que estaba pasando; siendo que sólo minutos antes ella estaba llorando sobre el asiento de la sala de espera. Parada, con las piernas alrededor de la cintura del chico, semidesnuda, y sostenida por el cuello de Max que la embistió de forma lenta, dolorosa, pero al final deliciosa. Y menos que sería en el cuarto de servicio de un aeropuerto, a minutos de que su avión zarpase.

— Te extrañé —murmuraba él sobre sus labios

—Yo también.... eres un idiota —respondió Clarisse, casi como un gemido ahogado, sintiendo como él se abría paso en ella.

Ninguno de los dos pensaba, eso era muy claro, después de todo ¿quién es capaz de pensar en un momento como aquel?

—Prometo que iré a verte. No he venido a detenerte. Me haré digno de ti, entré a trabajar con el odioso de mi padre con el fin de hacer algo de mi vida —siguió murmurando en medio de su deliciosa tarea—. Y te alcanzaré tan pronto pueda, te lo juro. Contigo no me da miedo nada —siguiendo con lo suyo, sintiendo a su vez, como ella temblaba entre sus brazos, no sólo por la sensación poderosa de lo que estaban haciendo, sino por la fuerza de aquellas palabras hermosas que encerraban una promesa.

Ella buscó su mano y lo entrelazó con la suya, conteniendo las ganas que tenía de gritar.

—Te voy a esperar —dijo ella en medio de un gemido que auguraba un placer desconocido.

Él la besó por toda respuesta y allí ya no pudo contenerse. Se dejó ir en ese cuerpo precioso que se le entregaba incondicionalmente, llenándola, marcándola con una esencia que sellaba, de alguna forma, el nuevo trato entre los dos.

Fue ahí que ella gritó de placer, gozo, deleite, y satisfacción.

Clarisse Durán tomó el avión que la llevó a Estados Unidos.

Tal vez con la ropa desordenada y sin la prenda interior de abajo, pero con el olor de Max pegado a todo el cuerpo, no solo de su eterno *Old Spice*, sino de su propia esencia natural. Habían hecho una promesa.

Ella lo esperaría en Estados Unidos. Él pronto la seguiría a ella. Y por primera vez en muchos días, se permitió sonreír genuinamente.

Por su parte, Max, quedó allí en el andén del aeropuerto, con sus ropas desordenadas y con rastros de mordidas por el cuello.

No necesitaron palabras, sus cuerpos se habían dicho todo.

Quizá no como soñarían las princesas como Clarisse, pero él precisamente no era un príncipe azul

Y por primera vez en muchos días se permitió sonreír él también.

Iría a Estados Unidos, luego de lograr forjarse algún tipo de futuro trabajando con su padre, no quería ir con las manos vacías y cumplirle el vaticinio a ese marimacho de Karina; y allá junto a Clarisse, buscaría su lugar en el mundo.

Recordó y adoró que viviesen en un mundo globalizado. Para calmar la espera tenían el Facebook, el Skype y el WhatsApp, y él sabía perfectamente que usos darle.

Enarcó malévolamente una ceja.

—Solo, espérame... Clarisse, mi argentinita llorona...

FINAL